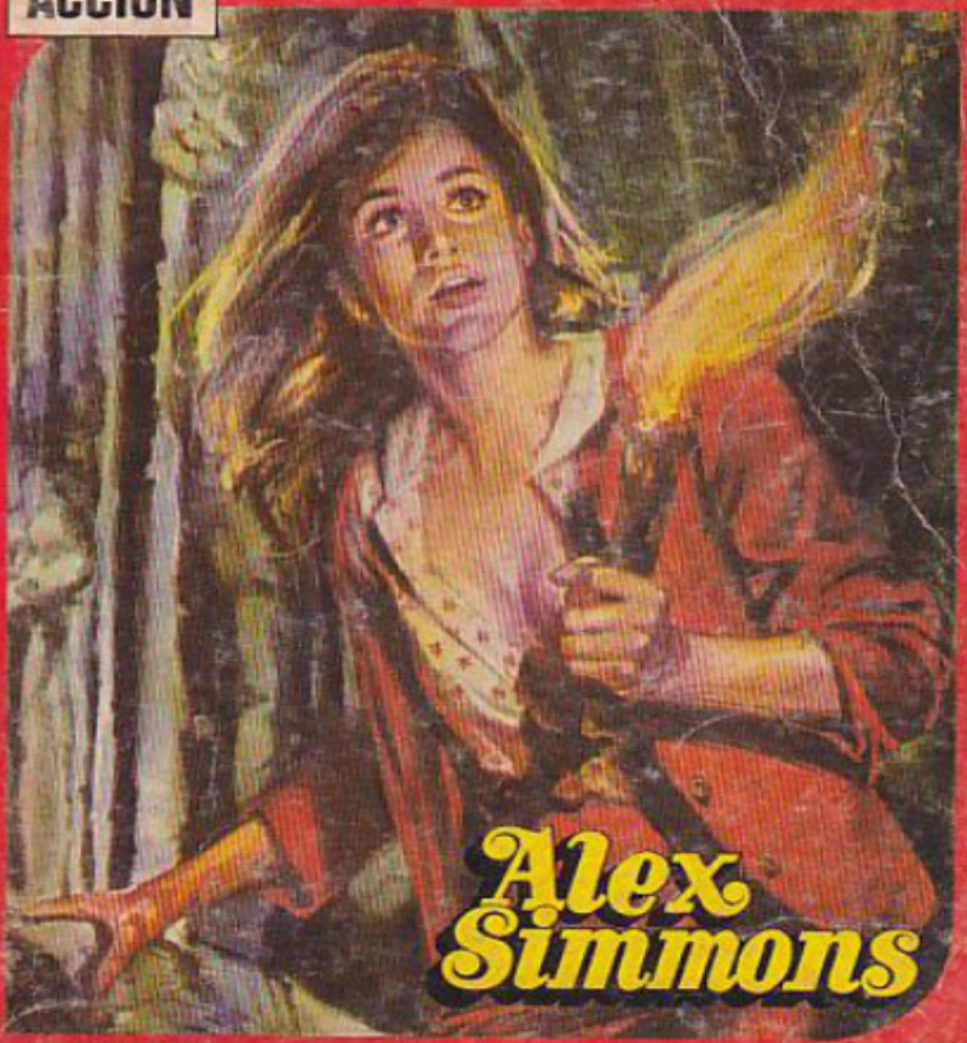
BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

MUNDO INHABITADO



Alex Simmons

MUNDO INHABITADO

Alex Simmons

Colección
TAM-TAM n.° 42
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

tam
tam
tam
tam
tam
tam

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

37 —La hechicera negra. *Joseph Berna.*
38 —Sangre en el Himalaya, *Bab Fleming.*
39 —En el país del horror. *Rocco Sarro.*
40 —Volcán en el mar, *Lucky Marty.*
41 —Safari, *Lou Carrigan.*

ISBN 8402092780
Depósito legal: B. 1.439-1983
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición: marzo, 1983
1ª edición en América: septiembre, 1983

© Alex Simmons — 1983 texto
© García — 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1983

CAPÍTULO PRIMERO

—PERO ¿qué te ha ocurrido, Rufus?

Rufus Adler no contestó enseguida. Dirigiéndose hacia la pila de acero cromado, se lavó y secó las manos, antes de quitarse la chaqueta blanca salpicada de manchas rojas. Dejando la espumadera que tenía en la mano, David Sperry, el cocinero del yate, acercó su voluminoso cuerpo al del otro.

—¿Has tropezado?

El *maître* movió negativamente la cabeza y, tras tirar la chaqueta en el cubo de la ropa sucia, exclamó:

—¡Esa zorra me ha tirado la salsa de tomate a la cara!

Sperry, al que por su cuerpo voluminoso llamaban «Fat Sperry», movió la cabeza de un lado para otro.

—Esa mujer es una víbora.

—Es algo peor, David —dijo el otro que seguía lavándose—. Es una histérica, una desgraciada que se ha vuelto loca al encontrarse en un yate, junto a un hombre tan importante como Lester Gadner.

—Él no debía consentirle esos estúpidos caprichos.

Adler se encogió de hombros.

—Los dos son de la misma clase. Cuando me presenté en su casa de Los Angeles, vi enseguida que no era un señor como los que yo estaba acostumbrado a servir.

Lanzó un suspiro.

—Pero el sueldo era doble del que había ganado hasta entonces.

—Igual me ocurrió a mí.

—Y a todos. Voy a vestirme aprisa, *Fat*. Y puedes ir preparando otra salsa, más dulce, por favor, ya que esa perra ha dicho que estaba agria.

—¡Maldita sea su estampa! Pero si no había comido caliente hasta que vino al yate.

Algo brilló en los ojos del *maître*.

—Fui sargento de comandos durante la guerra —dijo con voz sorda —, y creía que no iba a consentir a ningún bastardo que me tomara el pelo.

—¿Lo dices por él?

—Sí. La culpa de todo lo que ocurre la tiene el patrón. Tengo que

hacer de todo: servir, preparar la ropa, no sólo la de Gadner, sino la de esa furcia y la de los dos guardaespaldas. El me contrató como *maître* y me ha convertido en chica para todo.

Lanzó un suspiro mientras se ponía la chaquetilla limpia.

—Te voy a decir algo, *Fat*: en cuanto toquemos tierra, me largo.

Sperry se rascó la pelambrera rojiza que cubría parcialmente su cráneo.

—Es una idea que también se me ha ocurrido a mí. Desdichadamente, tengo mujer y cuatro hijos. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

Se miró en el espejo, ajustándose el lazo negro.

—¿Esa salsa?

—Es la misma, pero le he puesto un poco de azúcar.

—Unas gotas de cianuro le irían mejor.

Apenas había salido el *maître* por la puerta basculante, llevando la bandeja con la salsera de plata, cuando una cabeza emergió por la escalerilla que conducía a la sala de máquinas.'

—¿Se te puede pedir un poco de café, cocinero?

David se volvió, sonriendo al hombre que salía del agujero. Tardó en salir, ya que medía casi dos metros. Era un hombre de raza negra, con el torso desnudo y brillante como la antracita.

—Entra, Mead —dijo *Fat* sin dejar de sonreír—. Vuestro café está siempre a punto. ¿Qué tal allá abajo?

—¿Es que no ves mis cuernos y mi rabo? ¿Cómo puedes preguntar a un diablo cómo lo pasa en el infierno?

—¿Y Pat?

—Mi ayudante está como siempre. Fundiéndose como un pedazo de grasa. Si hay algo que no comprenderé nunca es cómo un delgaducho blanco como él puede resistir allá abajo. ¡Ese Pat es duro como la piedra!

—Os lleváis bien, ¿verdad?

—Sí. He tenido la suerte de caer sobre un blanco al que el color de mi piel no da cagalera. Además, si le vieses… está casi tan negro como yo. Y blanco por debajo. Ese chico necesitaría que le dejaran tomar un poco el sol en cubierta.

—¿Estás loco? Nadie sube a cubierta, Mead, y tú lo sabes. Allí no hay sitio más que para la gente importante. Rufus acaba de venir con la ropa hecha un asco. La *miss* le ha tirado la salsa de tomate a la cara.

—¿Y no le ha zurrado la badana?

—¿Qué quieres que hiciera? ¿O has olvidado a esos dos que no se separan de la pistola ni para dormir?

Hiram Mead bebió un largo sorbo de café.

—Prefiero estar donde estoy —dijo—. Yo no tengo los nervios de Rufus. La verdad es que parece haber nacido en Londres, en vez de en Chicago

David le miró con una expresión divertida en el rostro.

—En el lugar de Adler, ¿qué hubieses hecho tú, negro?

El maquinista le miró unos instantes, en silencio.

—Mañana hubiésemos comido carne de cerda blanca. La habría cogido por los pies y la habría abierto en canal, tirando… ¡así!

—Los otros te habrían llenado tu corpachón de plomo.

Mead mostró sus enormes dientes blancos.

—¡Estaba bromeando, *Fat*!

* * *

Adler sirvió los licores.

Volviéndose hacia la muchacha, Lester Gadner dijo:

—Date una vuelta por cubierta, encanto. Tenemos que hablar.

Martha Parish se levantó con una mueca, yendo hacia la puerta del comedor. Era alta, esbelta, con un cuerpo que era una expresión de constante desafío. El vestido que llevaba dejaba casi en completa libertad sus enormes senos turgentes. Los dos hombres sentados frente a Lester siguieron con marcado interés el balanceo de las caderas de la joven.

Gadner sonrió complacido.

—Una muñeca de precio, ¿no, muchachos?

—¡Desde luego, jefe! —lanzó Robert Buck separando vivamente la mirada del péndulo carnoso.

—Usted ha tenido siempre muy buen gusto, *boss* —dijo Samuel Lucas.

—Mi dinero me cuesta.

Lanzó un suspiro mientras cortaba la punta de su veguero con sus amarillentos y grandes incisivos.

Samuel se apresuró a darle fuego.

Fijándose en que el mayordomo seguía en pie, silencioso, Lester, tras echar una densa bocanada de humo, sonrió.

—Apunta la receta, Rufus: «mayordomo a la salsa de tomate»…

Y soltó una carcajada. Luego, bruscamente serio:

—¡Lárgate, fámulo! —ordenó con vez seca—, y cierra bien la puerta.

Adler se inclinó, abandonando la estancia.

Hubo un largo silencio. Lester fumaba y, de vez en cuando, bebía un sorbo del excelente Courvoisier que ponía sus tonos dorados en la ancha copa.

Los otros dos le imitaban, aunque tanto Buck como Lucas fumaban cigarrillos.

—Mañana deberíamos encontrarnos con el *Eagle* —dijo de repente Lester.

—Eso creo —suspiró Robert.

Como su compañero, Buck era un hombre delgado, huesudo, con un rostro brutal y una mirada fría como el hielo.

—Mortimer ha debido subir a bordo del buque en Veracruz —siguió diciendo el jefe.

—Y habrá analizado la mercancía.

—Sí. Tengo plena confianza en ese muchacho. Es uno de los mejores químicos que hemos tenido.

Lester volvió parcialmente la cabeza, clavando la mirada en un cuadro, un Picasso, colgado en una de las paredes de la cabina comedor.

—No estaré tranquilo hasta que haya entregado el dinero —dijo como si hablara consigo mismo—. Cada vez que he pensado que podríamos hundirnos con tres millones de dólares a bordo, me entraban sudores fríos.

—¡Es mucha «pasta»! —dijo Samuel pasándose la lengua por los labios.

—Una buena inversión —sonrió el hombre—. Tres millones que van a convertirse en quince en muy poco tiempo. ¡La mejor operación que habré hecho en mi vida! Lucas…

—¿Sí?

—¿Has revisado las cajas de la bodega?

—Desde luego.

—Me han costado una verdadera fortuna. Las construyeron especialmente para mí. Cajas estanco que, incluso si el barco se hundiese, no dejarían que el agua estropease la mercancía.

—Todo está en orden, *boss.*

—Bien. Llama a Downey y quédate al timón.

—*Okay.*

Momentos después, un hombre alto, de unos cuarenta años, con el rostro tostado por el sol, penetraba en el comedor.

—Usted dirá, señor Gadner.

—Tome asiento, Alexander.

El otro obedeció.

—¿Un coñac?

—Bueno.

—Sírvele, Bob.

Lester esperó hasta que el piloto hubo bebido la mitad de la copa; luego:

—¿Seguimos el rumbo exacto?

—Sí.

—¿Cuáles son las predicciones meteorológicas?

—Las de siempre, señor. Excelentes. El mar está como una balsa de aceite.

—Ni que decir tiene que habrá mantenido usted al *Pearl* lejos de las aguas jurisdiccionales, ¿no?

—¡Naturalmente, señor Gadner!

—Está bien. Antes decía que deberíamos encontrarnos con el *Eagle* en el punto previsto en el curso del día de mañana, ¿no es cierto?

—Si ese buque es exacto, tanto como nosotros, lo avistaremos hacia mediodía. —Perfecto. ¿Qué hora es ahora?

—Las diez y veinte de la noche, señor.

* * *

—Toma un poco de café, «malteñido» —sonrió el negro—. ¿Cómo va la presión? —Normal.

Pat O Daniel se apoderó de la taza, llevándosela a los labios.

Era un hombre alto, no tanto como el moreno e, indudablemente, mucho menos fuerte. Tenía veinticinco años pero parecía mayor; su rostro estaba arrugado, así como su amplia frente. Una especie de tristeza constante parecía amortiguar la luminosidad de sus ojos claros.

Hiram le contó lo que le había ocurrido al mayordomo.

—¿Te das cuenta, «paliducho»? Eso no hubiera ocurrido nunca entre gente de color. Ninguna mujer se habría atrevido a tirar la salsera a la cabeza de un hombre.

—Yo he conocido a negras que eran verdaderamente terremotos.

—Es posible. Y eso es, «blancuzco», lo que las hace mucho más interesantes. Pero esa rubiales de allá arriba…

—Es una pobre chica.

—¡Defiéndela, anda! Es natural… vosotros, los blancos, encontráis siempre la manera de justificar vuestras propias estupideces.

—No te pongas racista, Mead.

—¡Mierda! Pues claro que soy racista. Llevo quince años pegado a la caldera de uno u otro buque. ¡Como si siguiéramos en los tiempos de la esclavitud!

—Yo no soy negro y estoy aquí.

—Porque estás loco. ¿O crees que me chupo el dedo? Desde que te eché el ojo encima, me di cuenta de que eras un señorito. No tuve más que ver tus manos.

—Míralas ahora.

—Eso es lo que no comprendo. Has tenido que hacer algo muy gordo para acabar aquí, en este infierno.

El rostro de Pat se ensombreció.

—No hablemos de eso, compañero.

—Está bien, está bien. Pero no presumas demasiado. Yo también he estado en la cárcel, Pat. Poca cosa, pero por culpa de un maldito blanco. Yo iba con mi chica y aquel borracho quiso meterse con ella. Te juro que no le pegué muy fuerte, pero aquel cretino tenía la mandíbula de cristal.

O'Daniel sonrió.

—Deberías haberte dedicado al boxeo.

—Ya lo hice, pero los jodidos blancos me hacían trampa. Yo me partía el pecho y me hinchaban los morros, y ellos se quedaban con los cuartos. Hasta que se me hincharon las narices, y no sólo por los golpes, cogí al *manager* y le hice que me devolviese todo lo que me había robado.

—Bien hecho.

—¡Eso es lo que tú crees! El *manager* fue al hospital doce semanas… y yo tuve que pagar los gastos.

—¡Tienes la negra!

—¡Muy gracioso!

Esperó a que Pat terminase su café.

—Y ahora dime, tío listo. ¿Qué me dices de la gente con la que hemos caído?

Daniel dejó la taza encima de una de las calderas.

—Escucha, «tiznao». Desde que subimos a bordo, en Los Angeles, no me he asomado por cubierta. No tengo ganas de conocer a nadie, pero si quieres mi opinión, son gente de muchísima «pasta» y, por lo tanto, de poquísima vergüenza.

El negro se echó a reír.

—¡Eres de los míos, microbio irlandés! Para mí, el dinero, el dinero en cantidades ingentes, sólo se consigue robando. Y esos de allá arriba… — se acercó más a su ayudante. —¿Sabes que sospecho que tratan con la droga?

—¿De verdad?

—¡Seguro! Este viajecito es uno de esos «cruceros» que se hacen para ir a recoger la mercancía. La «nieve», como ellos dicen.

—¿No irás a decir que van a llenar el yate? —sonrió Pat.

—No; pero, ¿has visto las cuatro cajas que hay en la bodega?

—Sí.

—No son muy grandes, pero podría apostar que caben en su interior unos diez kilos de polvo: dos kilos y medio por caja.

Movió la cabeza tristemente, aunque seguía sonriendo.

—Con lo que valen esos diez kilos de heroína en polvo, tú y yo podríamos vivir cien años como millonarios.

—No sueñes, Mead.

—Me gusta soñar, y no como piensas.

Rechinó los dientes.

—Nunca te lo he dicho, pero mi hermano pequeño, Fred, murió intoxicado por esa porquería. ¡Y no tenía más que diecinueve años!

—Lo siento.

—Nunca me ha gustado ser chivato ni jamás me gustaron los «polis», pero si no fuera así, me daría un gustazo tremendo avisando a los de la Brigada de Estupefacientes. ¿Sabías que esos tipos te dan un premio de casi hasta el diez por ciento de la mercancía?

—No, no sé nada de eso. Además, por favor, no nombres a la policía delante de mí. ¡Me produce náuseas!

Capítulo II

SAMUEL Lucas se acercó al lugar, en la segunda cubierta, adonde Lester y Martha estaban tomando el sol en sendas hamacas.

—El piloto ha entrado en comunicación con el *Eagle*, patrón.

—¡Estupendo! ¿Está aún muy lejos?

—Downey dice que llegará junto a nosotros dentro de media hora.

—*Okay*. Lárgate, Samuel.

Cuando el judío se hubo alejado, Gadner se volvió hacia la rubia.

—¡Deja de hacer la tonta, Martha!

El rostro de la muchacha modificó su expresión.

Y seria:

—Entonces, no me llames Martha. Mi nombre es María.

—María Staffino. Lo sé, preciosa. Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—No vas a enseñármelo tú, Lester. Nadie enseñó nada a la hija de Luigi, de ese maldito puerco que, por mala suerte mía, me tocó como padre.

El la miró detenidamente.

—Nunca podré explicarme cómo has conseguido odiarle tanto, pequeña.

—¿Qué sabes tú? —dijo ella con rabia—. Si hubieses nacido mujer y en el seno de una familia siciliana, sabrías lo que siento.

—¿Tan mal se portaron contigo?

—Pero que mal. A los diecisiete años, «papi» se empeñó en casarme con su *consegliero*, una rata repugnante, una babosa cuya sola vista me producía vómitos.

Lanzó un suspiro.

—Pasé los tres peores años de mi vida. Y juré vengarme.

—¿Era malo el marido?

—¡Un cerdo! No me hacía caso, y encerrándome en casa, se iba de parranda con las mujerucas que su propio suegro le proporcionaba. Y al regresar, por la noche, me pegaba como a una estera. ¡Maldito bastardo! Encima, mi padre le decía que un buen siciliano tenía que «ablandar a palos» a su mujer.

—¡Una familia deliciosa!

—¡No me hables! Por eso, al enterarme de que esperaban toda esa mercancía, fui a verte.

—E hiciste bien, pequeña. A mi lado, nada te faltará…

Ella le lanzó una mirada desafiante.

—¿Y quién —te ha dicho que voy a quedarme a tu lado, Lester? No te hagas ilusiones. No somos más que socios.

—Bueno, no te enfades.

—No me enfado. Pongo las cosas en su sitio. Cuando hablamos, quedamos en que íbamos al cincuenta por ciento. Y en cuanto hayas vendido la mercancía, me das la «pasta» y me largo.

—¿De veras?

—Sí. Me largo de los «States». Me voy a Europa, a un lugar tranquilo donde pueda rehacer mi vida.

—¿No temes que tu padre, al enterarse de la jugada que le has hecho, te eche los perros encima?

Los ojos de María brillaron como relámpagos.

—Creo que has olvidado algo, amigo. Tú me prometiste liquidar el asunto.

—Y lo haré. Pero, en verdad, es la primera vez que encuentro a una chica que quiera que liquide a su propio padre.

—¡Y al cretino de mi marido! Escucha bien, Lester: puede que estés pensando en hacerme una jugada, pero si te pasa eso por el magín, vas a cometer el error más grave de tu vida.

—¡Mujer!

—Nada de mujer. Conoces a Vittorio Scafarlatti, ¿verdad?

—Desde luego, no personalmente, pero de oídas.

—Mejor para ti. Conocer a Vittorio es… empezar a estar muerto.

—No sé adónde quieres ir a parar, preciosa.

—Muy sencillo. Vittorio estará muy cerca de nosotros cuando tengas que pagarme. Gadner no dijo nada.

Pero le hubiera gustado reírse.

A carcajadas.

Aquella estúpida no sabía que cuando la mercancía estuviese en el *Pearl*, iba ella a hacer un viaje, mucho más largo de lo que imaginaba.

Ni su padre ni su marido sabrían jamás lo ocurrido.

En realidad, Martha —o María—había interceptado el mensaje que iba dirigido al mafioso. Y adelantándose, se había puesto de acuerdo con Gadner para que los del Eagle les entregasen la mercancía. Porque, ¿quién podría sospechar de la mismísima hija de Staffino?

Una jugada maestra.

Para controlar la pureza del producto, Lester, que no se chupaba el dedo, había enviado a Harry Mortimer, su químico de confianza, a

Santiago de Chile, donde subió a bordo del barco, teniendo tiempo para analizar el polvo.

¡Pobre estúpida!

Creer que él, Lester Gadner, iba a entregarle millón y medio de dólares, así como así…

¡La pobre loca estaba soñando!

Y, además, ¡amenazarle con Vittorio!

Para poder encontrarles, una vez se separaran del *Eagle*, el famoso asesino tendría que haber poseído un submarino. Porque nadie, excepto Lester, conocía el rumbo que el *Pearl* tomaría, hasta llegar al pequeño pueblo de pescadores de Alaska donde la mercancía sería desembarcada.

—No debemos desconfiar el uno del otro, pequeña.

Ella sonrió.

—Yo no desconfío de nadie, encanto —dijo con voz dulce—. Porque como tú, tengo mis ases en la mano.

* * *

Apoyado en la barandilla del puente, Harry Mortimer, con los gemelos ante el rostro, miró la graciosa silueta del yate.

Una sonrisa se pintó en sus labios.

—¿Satisfecho? —dijo una vez a su espalda.

Mortimer se volvió.

El barbudo capitán del *Eagle* le miraba con los ojos sonrientes.

—Mucho —dijo—. Hacía tiempo que deseaba jugar una mala pasada a ese bastardo de Gadner.

Y alzando la mano izquierda, que no era más que un muñón deforme y ennegrecido. —Aquí está su marca, capitán. Fui un buen estudiante, pero me dio por el alcohol. Cuando estaba hecho un trapo, Lester me encontró, contratándome.

Lanzó un suspiro.

—Me pareció tan bueno que llegué a quererle como si fuera mi propio padre.

—¡Muy emocionante!

—Fui un pobre cretino. Trabajé como un loco, lleno de entusiasmo, analizando todo el producto que llegaba desde Marsella.

Torció el gesto.

—Pero un día volví a la botella… y me equivoqué. Habíamos recibido mercancía mezclada con dextrosa y yo dije que era de primera calidad. No sabía lo que me hacía… Miró a su muñón, rechinando de dientes.

—Hizo que esos dos bestias me quemaran la mano, para que

aprendiese a no equivocarme.

—¡Qué bestia!

—Juré vengarme. Y ahora lo he hecho. La mercancía que vamos a entregarle es pura bazofia mientras que la buena está en la bodega, bien camuflada. Iremos a Alaska, adelantándonos para vendérsela a Currigan, que estará esperando. Cuando el *Pearl* llegue a puerto, ese cerdo de Gadner se dará cuenta de lo que va a costarle el haberme dejado sin mano izquierda.

—¡Un montón de millones! Pero, tendrás que tener cuidado…

—Cuando hayamos cobrado, por segunda vez, me iré contigo, capitán. Quiero que me dejes lejos del alcance de ese puerco.

—Hay lugares muy buenos en este ancho mundo.

—Mira, ya viene la motora.

El barbudo se echó a reír.

—Tendré que disimular —dijo—. Lester me llamó diciéndome que la hija Staffino iba a hacerse cargo de la droga.

—¡Menudo granuja! No sé lo que le habrá prometido a esa pobre muchacha.

—No tan pobre. He oído decir que era una pantera.

—Ha sufrido mucho con su maldita familia; pero, en el fondo, no es mala. Sólo desea huir. A bordo del yate, nadie conoce la verdadera identidad de la muchacha. Todos creen que es una de las habituales amiguitas de ese bastardo.

El barbudo miró intensamente a Mortimer.

—No te habrás enamorado de ella, ¿verdad?

—Siempre me gustó. Las veces que subí con Lester a Chicago, tuve ocasión de verla.

¡Pero, olvidémosla! Ella va a seguir en el yate, y yo me iré contigo.

La motora se acercó al *Eagle*. Una escala descendió cuando la pequeña embarcación acostó.

Subieron cuatro personas a bordo: Lester, Martha y los dos guardaespaldas. Cada uno de ellos llevaba una pesada cartera en la mano.

—¡Hola todo el mundo! —saludó jovialmente Gadner.

Y tras estrechar la mano del capitán, miró a Harry.

—¿Todo en orden, Mortimer?

—Primera calidad, *boss*.

—Espero que no tenga que quemarte la otra mano.

Harry tuvo que hacer un penoso esfuerzo para sonreír.

—¡Esta vez me juego la cabeza, patrón!

—Bien. Veamos esa preciosidad de mercancía.

Pasaron al camarote del capitán. Las cajas, de madera, estaban sobre

la mesa.

—¿Las has pesado, Harry?

—Sí, señor. El polvo hace un total de diez kilos doscientos sesenta gramos.

—Perfecto. ¡Abrid las carteras!

Los fajos de billetes hicieron que los ojos del capitán brillasen como ascuas.

—Puede usted contarlo —dijo Gadner—. Tres millones justos.

Sin una palabra y tras haber encendido una lámpara de rayos ultravioleta, el capitán extrajo algunos fajos al azar, cogiendo aquí y allá un billete de a cien dólares que examinó cuidadosamente a la luz de la lámpara.

Luego contó los fajos.

—Está bien —dijo.

—Entonces —dijo Lester—, el dinero es suyo. Vamos a llevar a bordo la mercancía. —Patrón.

—¿Sí, Harry?

—Yo quisiera seguir en el *Eagle*.

—¿Por qué?

—Deseo desembarcar en Los Angeles. Tengo allí a mi chica…

Gadner se echó a reír.

—¿Y no temes que prefiera a un tipo con dos manos? Está bien. Nos veremos dentro de tres semanas. Has hecho un buen trabajo y mereces un descanso.

—¡Muchas gracias!

María no había despegado los labios.

Momentos después, los dos guardaespaldas descendían las cajas a la motora que se puso inmediatamente en marcha,

Desde el puente, Harry miró a la embarcación.

—¡Ojalá revientes de rabia, bastardo! —Tenías razón, muchacho —dijo el capitán—. Esa chica es una preciosidad.

—¡Lástima que se quede con ese puerco! Porque estoy seguro de que Lester le reserva una desagradable sorpresa. Ese canalla vendería a su propia madre por un billete de diez dólares.

* * *

Downey, el piloto frunció el ceño. Consultó el barómetro una vez más. Y, tras fijar el timón, dejó el puente, descendiendo rápidamente la escalerilla.

Al pasar por el espacio abierto, antes de empujar la puerta que daba al cuerpo del yate, lanzó una mirada al mar grisáceo y encabritado, y al

cielo de un gris plomizo que nubes bajas y negras recorrían a gran velocidad.

Entró en el salón, a tiempo de oír la voz colérica de la mujer.

—¡Tienes que echar a este puerco, querido! ¡Casi me vierte la sopa en el vestido! —Cálmate, encanto. El barco se mueve mucho… ¡Aquí está Alexander! ¿Qué diablos ocurre?

—La radio anuncia un tifón, señor Gadner —anunció el piloto.

—¿Y eso qué significa?

—Que tendremos que cambiar el rumbo.

—¿Y qué más?

—Que habremos de retroceder un poco, acercándonos de nuevo a las costas de California.

—¡Está usted loco! ¿Quiere que nos metamos de cabeza en las aguas jurisdiccionales de los «States»?

—No habrá más remedio.

—¿Por qué?

—Porque el *Pearl* no podrá capear el temporal.

—¡Mierda!

Miró al mayordomo, que estaba con la bandeja y la sopera sobre ella, intentando mantener el equilibrio.

—¡Llévate eso a la cocina! —gritó—. ¡Se me ha quitado el apetito!

Y cuando Rufus salió de la sala:

—¿Cuánto durará este maldito temporal, Downey?

—Ni idea, señor, pero podemos contar, según el parte meteorológico, con unas ochenta horas de galerna.

—*«Damned*!» Me están esperando en Alaska.

—Tendrán que esperar un poco más, señor. Ellos deben haberse enterado de lo que ocurre.

—Es cierto, pero volvamos a lo de la costa. ¿Es necesario acercarse?

—Desde luego.

—¿Y los buques del gobierno?

Alexander sonrió.

—No creo que se atrevan a salir con este temporal.

—Mejor. Yo…

Un chasquido terrible le interrumpió.

—¡Qué ha sido eso!

—¡Voy a verlo!

Salió el piloto.

El buque cabeceaba cada vez con mayor intensidad. Pálida, María se incorporó de su silla.

—Creo que voy a echarme en mi camarote. Me estoy mareando.

Lester no le hizo el menor caso.

Miró a los dos guardaespaldas que se agarraban al borde de la mesa.

—Escuchadme bien vosotros dos —dijo con voz áspera—. Pase lo que pase, por muy malo que sea, quiero que esas cajas no se pierdan. Antes de que las cosas empeoren, vais a ponerlas, bien arrimadas, en el fondo de la lancha de salvamento. Y os quedaréis allí, con ellas.

—Sí, *boss.*

—Si, jefe.

—El yate es sólido, pero no podemos fiarnos de nada. ¿Entendido?

—*Okay.*

Volvió el piloto.

—Lo siento, señor. El viento ha roto los tirantes de la antena de radio y se la ha llevado.

—¡Que se vaya al infierno! No tenemos que comunicarnos con nadie.

—Entonces, ¿puedo cambiar el rumbo?

—¡Haga lo que quiera! ¡Escuche!

—Sí.

—Si nos saca de esta caca, le daré una buena prima. Cien de los grandes, ¿entendido?

El otro sonrió.

—Nada nos ocurrirá, señor.

—Mejor. ¡Vuelva al puente!

* * *

—¡Ya se ha armado! —exclamó el negro—, Y ese de arriba pide más potencia.

—Intentará salir de la galerna —dijo Pat.

—¿Te das cuenta de cómo brinca este cascarón de nuez, muchacho? Yo me rio. Porque la gentuza de arriba debe estar que trina.

—¿Olvidas que si ocurre algo malo nosotros estamos en las entrañas del buque?

—No te preocupes por eso, «paliducho». Si zozobramos, mi menda será el primero en llegar a cubierta.

—Lo que me preocupa es que no hay más que una lancha.

—¿Y qué?

—Que habrá sitio para las cajas… pero no para nosotros.

—¡Maldita sea! Que no intenten dejarnos fuera… porque…

—Van armados hasta los dientes, negro.

Hiram lanzó un rugido.

—No me metas cosas raras en la cabeza, irlandés. Porque si sigues así, haré saltar las calderas y nos iremos todos al infierno.

Estaban agarrados, ya que el yate se encabritaba como un potro

salvaje.

—Hemos debido cambiar el rumbo.

—¿Y hacia dónde crees que nos dirigimos? —dijo Pat.

—¿Qué diablo sé yo?

Unas piernas gruesas aparecieron por lo alto de la escalerilla.

—¡Aquí tenemos al cocinero!

En efecto, David bajó llevando una botella en la mano.

—Os traigo un poco de whisky —dijo con una sonrisa—, No hay nada como eso para pasar el mareo.

—¿Y quién puñetas te ha dicho que estamos mareados? —rugió el negro.

—Anda, bebe y cálmate, Mead.

—¿Qué hay por allá arriba? —preguntó Pat.

—Están en sus camarotes, bien echados y llenos de píldoras de dramamina. Menos los dos matones.

—¿Dónde están ésos?

—En la lancha de salvamento. Con las cajas. Me han hecho llevarles unos *sandwiches* y unas botellas de cerveza.

Pat miró al negro que acababa de beber de la botella.

—Tenías razón, irlandés —dijo el moreno—. Esos hijos de perra son capaces de dejarnos a bordo.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió David.

—De que no habrá sitio para nosotros si las cosas se ponen mal.

—¡Es imposible! No pueden dejarnos en el yate.

—No te fíes —sonrió Pat.

Capítulo III

EL golpe hizo que las cuadernas del buque crujiesen lúgubremente.

Casi enseguida, por la bocina, llegó un grito hasta el puente.

—¡Vía de agua en la sala de máquinas!

—¡Achicadla! —gritó el piloto.

—¡Tu madre! —tronó la voz del negro—. Es demasiado grande… voy a apagar las calderas y salir pitando.

Alexandre no dijo nada.

Descolgó el teléfono interior, llamando al patrón.

—¡Señor Gadner! ¡Hemos chocado con un arrecife! La sala de máquinas se está inundando. Hay que abandonar el buque.

—¡Voy!

Cinco minutos después, con su cartera de documentos, Gadner corría hacia la lancha de salvamento.

Allí se encontró con el piloto.

—¡Vamos! Ponga en marcha la grúa. Y suba a bordo…

—¡Y los otros!

Lester se volvió hacia los dos matones que asomaban la cabeza bajo la lona.

—¡Vosotros! Que ninguno de esos puercos se acerque.

—Bien.

—¡Señor Gadner!

—¿Qué diablos pasa, Downey?

—No podemos abandonar a la tripulación. ¡Sería un crimen!

Lester sacó su pistola.

—¡Sube a bordo, imbécil! Tú eres el único que puede guiar la lancha. Y te advierto que no voy a matarte. Tiraré a tus piernas y te quedarás inútil para el resto de tu vida.

Downey obedeció.

La lancha empezó a descender, rozando el flanco de la embarcación; pero estando aún a la altura de la borda, sus ocupantes vieron salir a cubierta a los cuatro hombres.

—¡Eh! —gritó el negro—. ¡Esperen!

Lester torció el gesto.

—¡Páralos, Bob!

Robert disparó, haciendo saltar una astilla a menos de diez centímetros de la cabeza del moreno.

—¡Ni un paso más! —dijo Gadner—. ¡No hay sitio para vosotros!

—¡Bastardo! —gritó el negro.

Rufus, el *maître*, se había quedado parado, mirando hacia la barca.

Dio un paso hacia adelante.

—*¡Miss!* —gritó—, ¡No debería usted dejarme aquí!

María no contestó, bajando la cabeza. Lester la miró, echándose a reír.

—¡Lo has domado, pequeña! Le has tratado como a un perro… y aún quiere lamerte las manos.

—¡Vamos! —dijo ella con visible impaciencia—, ¡Bajemos!

Bob disparó dos veces más, manteniendo a raya a los cuatro hombres. Y Gadner, sin dejar de reír.

—¡Coged los salvavidas, idiotas! —dijo.

Instantes después, la lancha tocaba el agua, Alexander puso el motor en marcha y la pequeña embarcación, luchando contra las olas gigantescas, se alejó del yate que empezaba a inclinarse peligrosamente sobre el lado de estribor.

* * *

Parecía como si el océano se hubiera convertido en un infierno.

La motora de salvamento era lo bastante importante como para llevar una minúscula cabina en la que los tres hombres y la mujer se habían apiñado.

Downey, el piloto, seguía solo en la barra.

A Lester se le había acabado el buen humor. Estaba pálido, pensando en su piel y en las cajas que se apiñaban en el fondo de la cabina.

—¡También es mala pata! —gruñó—. ¡Ahora que llevamos una verdadera fortuna… y este maldito temporal se nos echa encima!

—Llevamos un buen piloto, patrón —dijo Lucas.

—Sí, ya lo sé. Pero estoy pensando en lo que haremos cuando lleguemos a la costa.

—Si llegamos… —murmuró la muchacha.

Lester la fusiló con la mirada.

—¡No digas idioteces, María! Llegaremos. Lo único que me preocupa es saber en qué mierda de lugar vamos a acostar. No me gustaría nada que los «polis» me ayudasen a desembarcar.

La noche rugía fuera.

Con las manos en la barra, Alexander no separaba los ojos de la brújula, dirigiendo la embarcación hacia el oeste, procurando que la

quilla de la motora cortase de través las enormes masas de agua que bardan la cubierta con la fuerza de un gigantesco latigazo. Pensaba en los hombres que habían quedado en el yate.

«No creo —se decía—que hayan sido tan tontos como para permanecer a bordo. Con toda seguridad, se habrán tirado al agua con los salvavidas…»

Pero, ¿de qué podía servir los salvavidas en aquel mar furioso y desencadenado?

No había mantenido relaciones con la tripulación, con la que se limitó a cambiar las palabras necesarias para que el servicio marchase normalmente.

Y terminó pensando que era su vida lo que realmente le interesaba.

Lester le pagaba un excelente sueldo, y esperaba que si conseguía llegar a tierra, en un lugar que no comprometiese los negocios del patrón, éste se mostrada generoso con él.

Lo demás no le importaba.

Ahora que el *Pearl* había desaparecido bajo las aguas del océano Pacífico, buscada otro empleo, procurando que su nuevo patrón no fuese un hombre tan complicado y misterioso como Gadner.

Luchó bravamente contra la tormenta, y cuando empezaba a amanecer y el mar se había amainado un tanto, lanzó un suspiro de satisfacción al ver la línea de tierra firme en el horizonte, a proa de la embarcación.

* * *

—¡Atemos los salvavidas los unos a los otros!

Las palabras de Mead fueron obedecidas e, instantes después, los cuatro hombres se lanzaban por babor, desesperadamente, huyendo a la mayor velocidad posible del torbellino que ya se formaba alrededor del casco del yate.

Los tirones de la soga fueron, para cada uno de ellos, durante horas, la única muestra visible de que no estaban solos en aquel infierno de espuma y de rugidos.

El agua estaba fría y el balanceo frenético de las olas exigía los esfuerzos de cada uno.

Su única esperanza era que la cuerda no se rompiera.

Finalmente, cuando estaban ya en el límite del agotamiento, con los miembros adormecidos por la baja temperatura, el mar se calmó como por ensalmo, quedando la superficie blanca de espuma.

Al amanecer y por una mar llana, pudieron verse los unos a los otros. Tiraron de las cuerdas, hasta que consiguieron reunirse.

—¿Todos vivos? —preguntó el negro con una forzada sonrisa en sus

gruesos labios. —Vivos, pero helados —dijo Pat, su ayudante.

—¿Y tú, Adler?

—Vivo también, pero furioso.

—¿Por qué?

—Porque pensaba morir esta noche, y me daba rabia no haber retorcido antes el pescuezo de ese perro de Gadner.

—¡Maldito puerco! —rugió Sperry, el cocinero.

Hiram Mead lanzó una sonora carcajada.

—Estamos esperando el desayuno, friegaplatos. ¿Qué vas a ofrecernos hoy?

—Como no sea aleta de tiburón.

—No digas idioteces…

Y fue en aquel instante cuando Pat gritó:

—¡Tiburones!

Todos se volvieron al unísono.

Dos aletas triangulares se dibujaban perfectamente en el agua ahora tranquila y tersa.

—¡Cuchillos fuera! —rugió el negro— ¡pegaos los unos a los otros!

Se reunieron rápidamente y, con el cuchillo empuñado, formaron una especie de erizo, dispuestos a vender caras sus vidas.

Los escualos describían amplios círculos alrededor de los hombres.

—Dejadme a mí —dijo el negro—. Yo conozco a esas bestias. En cuanto veáis que una aleta desaparece bajo el agua, sumergíos… y hacedle frente.

—¡Mead!

—¿Qué hay, pequeño irlandés?

—Veo la costa.

—Ya la he visto yo también. Nademos despacio hacia ella, pero sin separarnos. Empezaron a hacerlo, sin dejar de mirar a los inquietantes triángulos.

—Esos hijos de perra no tienen prisa —dijo el mayordomo—. Si tuviese un buen rifle…

—¿Y por qué no un lanzaminas? —rió el negro.

Estaban a menos de cincuenta metros de la costa.

—Atención —dijo Mead—. En cuanto sintáis el suelo bajo los pies, no echéis a correr… esos malditos pueden morder aunque no tengan más que medio metro de agua. —Conoces bien a esos bichos —dijo Pat.

—En mis buenos tiempos trabajé como pescador de perlas. He hecho de todo en esta perra vida.

Pasaron unos minutos llenos de angustia.

Los triángulos que emergían fuera del agua se iban acercando peligrosamente.

—¡He tocado el fondo! —dijo Adler en aquel momento.

—Entonces, cuidado…

Andaban despacio, juntos, moviéndose de espaldas, mirando las terribles aletas.

—Creo que nos hemos librado de esas bestias —dijo Adler.

—No te fíes demasiado.

Sin poderlo evitar, impacientes por salir del agua, apretaron el paso.

¡Estaban muy cerca de la playa!

Y entonces, una de las aletas desapareció bruscamente bajo el agua.

—¡¡¡Cuidado!!! —aulló Mead.

Un remolino formidable se alzó junto a ellos.

Al mismo tiempo, un grito de dolor subió al cielo, y el agua se tiñó de rojo.

—¡Han cogido a Sperry! —gritó Fred.

—¡Cortad la cuerda! —ordenó el negro.

La otra aleta había desaparecido, *a* su vez.

—¡A la playa! ¡No perder un segundo!

—Pero… ¿y David?

—¡Corred! ¡Maldita sea!

Corrieron.

Tras ellos, los dos tiburones se repartían el cuerpo del desdichado cocinero.

* * *

Con los potentes prismáticos ante los ojos, Lester examinó detenidamente la cercana costa.

—Creo que hemos tenido suerte. No veo más que una playa desierta.

Y bajando los gemelos, se volvió hacia el piloto.

—¡Buen trabajo, Alexander! Te demostraré mi agradecimiento.

—Gracias, señor.

María —o Martha—que se había acercado a ellos, preguntó:

—¿Y qué haremos ahora, Lester?

—Desembarcar y hundir la motora, preciosa, para no dejar huellas. Luego avanzaremos tierra adentro y veremos adónde hemos ido a parar.

—¿Y si nos ven?

—No nos verán, encanto. Enviaré a mis dos hombres para que reconozcan la zona. ¿Ves aquellos árboles?

—Sí.

—Allí nos ocultaremos.

Se volvió hacia el piloto.

—Tenemos provisiones y agua, ¿no es cierto, Downey?

—Sí, señor.

—Pues… rumbo a la playa.

Diez minutos después desembarcaban.

Lo primero que Lester hizo fue ordenar a los dos gorilas que bajasen las preciosas cajas. Luego llevaron a la arena las provisiones y el agua.

—Tendrás que ayudar a mis muchachos, Alexander.

—Con mucho gusto.

Cuando, finalmente, se hubieron instalado en el bosquecillo, tomaron un ligero refrigerio, antes que Gadner ordenase a sus dos matones que investigaran el lugar al que habían arribado.

—Tened mucho cuidado —les dijo—y no os mostréis abiertamente. Sólo quiero saber el nombre del pueblo más cercano y el país al que hemos llegado. ¿Entendido?

—Sí, patrón. —*Okay, boss.*

* * *

Se dejaron caer sobre la arena, cerrando los ojos, dejando que el sol fuera secando sus ropas empapadas.

Y no dijeron nada.

Ni una sola palabra sobre lo ocurrido a David Sperry.

¿Para qué?

Todos ellos sentían sinceramente la muerte del simpático cocinero; pero había en ellos, en el fondo de su mente, más odio hacia el hombre que les había condenado a muerte, fríamente, sin la menor vacilación.

Fue Pat el primero en incorporarse.

—¡Eh, amigos!

Se sentaron los otros en el suelo, mirándole.

—Creo —dijo O'Daniel—que deberíamos empezar a desperezamos. Yo, por mi parte, tengo un hambre terrible.

—¡No hables de comida o te como ahora mismo! —rió el negro.

Rufus se estiró con vivo placer.

—¿Tenéis alguna idea de adónde demonios hemos ido a parar?

—Eso importa poco —dijo Mead—. Lo importante es que hemos salido del mar. No creo que tardemos en encontrar un pueblo.

—Y comida.

—Desde luego. ¿A qué estamos esperando?

—Entonces, ¡en marcha!

Anduvieron cerca de una hora, dejando atrás la playa hasta penetrar en una zona boscosa.

—¡Vaya gracia! —dijo el negro—. ¡Bosque en vez de cultivos! Con lo

bien que nos hubiesen venido unas zanahorias…

—Yo prefiero un buen filete.

—No pidas demasiado, pequeño irlandés.

—¡Ahí está el pueblo! —exclamó Adler.

Poco después penetraban en la calle principal de la localidad.

—¡Arrea! —exclamó Pat—, ¡No veo a nadie!

—Estarán durmiendo.

—Tampoco hay coches.

—Es cierto.

Había casas y tiendas, cuyos nombres les demostraron que se encontraban en un pueblo americano.

—¡Comida! —exclamó Pat deteniéndose ante un establecimiento que llevaba el nombre de «Central Inn».

Entró en el interior, sorprendiéndose de no encontrar a nadie.

Los otros le siguieron.

Pat no dudó mucho, empezando a coger las cosas que había en los depósitos frigoríficos. Pero, casi enseguida, lanzó al suelo lo que se había llevado a la boca.

—¡Está medio podrido!

—¿Eh?

—El «frigo» no funciona.

—Es extraño.

Afortunadamente, encontraron una cámara que había conservado aún el frío.

Comieron como ogros, abriendo una serie de latas de cerveza.

Cuando sus estómagos dejaron de protestar, Pat lanzó un suspiro.

—¿Qué me decís de este pueblo abandonado?

—La gente debió salir huyendo del temporal —dijo Adler.

—No —intervino el negro—. No hemos visto muestras de que el huracán haya llegado hasta aquí.

La digestión copiosa estaba empezando a hacer efecto y el negro bostezó un par de veces.

—Creo que voy a dormir un poco —dijo.

—Yo voy a dar una vuelta —dijo Rufus—. ¿Y tú, Pat?

—Por el momento, quiero descansar como Mead.

—Volveré pronto.

Adler salió a la calle, echando a andar por el centro de la calzada, observando atentamente las cosas y las tiendas abandonadas.

De repente, una amplia sonrisa iluminó su rostro.

Cruzó la calle, penetrando en una moderna armería.

Una vez dentro, miró, con los ojos llenos de luces, las armas que llenaban las vitrinas.

Eligió tres rifles Winchester y munición para ellos, así como tres Colts con cinco cajas de balas.

Dejando casi todo junto a la puerta y no conservando más que un Winchester y un revólver, siguió andando, hacia el final de la última calle.

Pasaba junto a una casa de moda femenina, ante la que se detuvo un instante, cuando, reflejadas en el escaparate, vio dos siluetas que acaban de aparecer en el extremo de la calle.

Entró bruscamente en la tienda.

Desde dentro, observó a los dos hombres, al tiempo que una sonrisa se pintaba en los labios.

¡Eran Robert Buck y Samuel Lucas!

—Los matones de Gadner —dijo sin dejar de sonreír ferozmente—. Han debido acostar cerca del sitio donde llegamos nosotros…

Les vio examinarlo todo, con curiosidad y extrañeza.

Tenía el rifle en las manos y el dedo acariciando el gatillo.

Si se acercaban al lugar donde había dejado las armas, dispararía sobre ellos.

Pero los dos hombres no avanzaron mucho por la calle y, volviéndose, salieron del pueblo, desapareciendo.

Adler lanzó un suspiro de alivio.

Capítulo IV

—¡No digas!

—Sí, amigos míos. Eran esos dos matones. Lester debió enviarles para que reconociesen el lugar.

Una risita breve brotó de los labios del negro.

—¡Qué placer! Poder ajustar las cuentas a ese canalla.

—Eso es cosa mía.

Pat y Mead miraron a Adler.

—¿Puede saberse por qué? —inquirió el negro.

Hubo un largo silencio, al tiempo que una mueca torcía la boca del *maître*.

—No me llamo Rufus… ni Adler…

—Eso no tiene importancia —dijo el moreno—. Yo he cambiado de nombre media docena de veces, aunque ahora vuelvo a usar el mío propio.

—No es lo mismo. Yo me dedico a ejecutar contratos.

—¿Y eso qué es? —sonrió Mead.

—Quiere decir —intervino Pat—que le encargan liquidar a gente y que él lo hace.

—¿Eh?

—Es cierto lo que ha dicho el irlandés —dijo el falso *maître*—. Me llamo Vittorio Scarfarlatti.

—¿Eres un «macarroni»?

—Siciliano —rectificó Vittorio con orgullo.

—¿Mafioso?

—No. Independiente. Trabajo para quien me contrata.

—¿Y tienes que matar a Gadner?

—A él y a sus dos matones.

Mead emitió un silbido.

—¡Vaya tío! Y yo que te tomé por mayordomo modelo.

—Pues ya ves que no lo soy.

—Curioso… ¿y por qué no te lo cargaste en el yate?

—No debía hacerlo hasta que la droga estuviera en su poder.

—¡La droga!

—Sí. En aquellas cajas, hay «nieve» por quince millones de dólares.

Los ojos del negro se pusieron blancos.

—¡Madre de Dios! ¿Has dicho quince millones?

—Eso he dicho.

—Entonces, ¡cuenta conmigo! Estoy a tus órdenes. El siciliano se encogió de hombros.

—La droga no me interesa, Mead. Yo tengo que cumplir mi contrato. Eso es todo.

—¿Y vas a despreciar toda esa «pasta»?

—No es asunto mío. Además, la droga tiene dueño.

—¿Y quién es ese afortunado?

—Afortunada.

—¿Una mujer?

—Sí. La chica que iba en el yate.

—¡No digas! ¿Esa muñeca sin cabeza?

—No te fíes. Tampoco se llama Martha Parrish.

—¡Me estás haciendo un verdadero lío! Al final, ni yo mismo sabré cómo me llamo. Vittorio sonrió.

—Es una larga historia, amigo. Esa mujer es María

Staffino, la hija de uno de los más grandes mafiosos de la costa oeste.

—¡Mi madre! ¡Menudo cisco! Un mayordomo que resulta ser un… ejecutor… unas cajas que llevan dentro quince millones de «pavos»… y una niña aparentemente tonta que es la hija de un mafioso…

—Y la que me ha contratado.

—¿Qué te parece todo esto, Pat?

El irlandés se encogió de hombros.

—Nada de eso me interesa, negro. Lo único que quiero es salir de aquí y volver a mi casa, olvidando todo lo que he visto y oído.

—Eres un chico prudente —dijo el asesino profesional.

Y poniéndose en pie.

—Bueno, aquí se despide el duelo. Yo siempre trabajo solo y voy a encargarme de esos cerdos. ¡Estoy encantado de haberos conocido!

Y, sin una palabra más, salió de la tienda de comestibles.

* * *

—¿Estáis seguros?

—Sí, jefe.

—Así que el pueblo está completamente vacío.

—Sí.

—¿Y el nombre?

—Wonderville.

—Espera… si no me equivoco, eso está en California… no lejos de la frontera mexicana.

—No te equivocas —intervino María.

—El temporal debe haber obligado a la población a irse. ¿Visteis algún coche?

—En la calle no había ninguno.

—Pues tendremos que ir allá y buscar un vehículo. ¡No podemos seguir andando eternamente!

Reflexionó unos instantes, antes de agregar:

—Si hay un teléfono, llamaré a mis amigos de Los Angeles, y ellos vendrán a echarnos una mano.

—¿Has olvidado a nuestro cliente? —intervino la muchacha—. Hay que entregar la mercancía en Alaska, y no te creo tan estúpido como para atravesar los Estados Unidos en un coche con todo eso dentro.

—No te pases de lista, muñeca —rió Gadner—. Si pido ayuda a mis amigos, es para que me procuren otro barco.

Se puso en pie.

—Por el momento, vamos a ese pueblo desierto. Después de todo, hemos tenido suerte.

* * *

Al seco estampido de rifle siguió la carcajada hiriente de una metralleta.

Pat y el negro se pusieron en pie.

—¿Qué ha sido eso?

Empuñaron las armas, pero cuando se disponían a salir, Vittorio entró como una tromba.

—¿Qué ocurre?

El siciliano estaba todo lo pálido que le permitía su piel cetrina.

—¡Fantasmas! —exclamó.

Pat sonrió.

—¿Fantasmas? —inquirió incrédulo—. ¿Fantasmas que tiran con metralleta?

—No han sido ellos.

—¡Habla de una puñetera vez! —instó el negro.

—Son monstruos… —dijo Scafarlatti con voz trémula—. Van vestidos de blanco, con una especie de camisón que les llega a los pies. Y tenían unos rostros horribles…

—¿Y la metralleta?

—Disparé sobre ellos —dijo el italiano—, pero no acerté…

—¡Vaya tirador profesional! —gruñó el moreno.

—Me horrorizó verlos de cerca. Me tropecé con ellos en una

esquina… y creo que hasta disparé al aire.

—¿Y la metralleta? —insistió Pat.

—Dispararon con ella desde el otro lado de la calle, pero tampoco dieron a ninguno de ésos.

—¿Fantasmas?

Vittorio se encogió de hombros.

—Llámalos como quieras, O'Daniel. Desde luego, no eran personas normales.

El negro lanzó un suspiro.

—Lo mejor es largarnos de aquí —dijo.

—Si tuviésemos un coche…

—Tendremos que registrar casa por casa. Es posible que en algún garaje particular encontremos algo con lo que podamos escapar de este sitio.

Pat miró fijamente a Vittorio.

—¿Y dices que iban vestidos de blanco? ¿Todos?

—Sí. No pude verlos bien. Una especie de camisones… o algo así. Pero, desde luego sus rostros no eran humanos.

—¿Qué quieres decir?

El siciliano se estremeció.

—Prefiero no hablar más de ello.

* * *

—¡Era él, lo juro! —exclamó Samuel.

—¿El mayordomo?

—El mismo. Le vi en la esquina y disparé la metralleta que usted me había dado, *boss.*

—¡Y fallaste!

—No lo sé. Estaba hablando con unas mujeres vestidas de blanco, como monjas. Y va el tío y dispara su rifle.

—¿Llevaba un rifle?

—Sí.

María soltó una alegre carcajada.

Volviéndose hacia ella, Lester la fulminó con la mirada.

—¿Puedo saber de qué te ríes, idiota?

—Te lo advertí, Gadner.

—¿Qué puñetas me advertiste?

—Que no estaba sola. Ese mayordomo es, en realidad, Vittorio Scafarlatti.

—¡No!

—Sí. Venía con nosotros en el yate.

—Pero, tú le tiraste la salsera con el tomate…

—Para disimular, Lester.

—¡Perra!

—¡Cuidado, amigo! Es verdad que puedes matarme ahora… pero yo, en tu lugar, no lo haría. Vittorio, si me pasa algo, tiene orden de aplicarte la tortura siciliana.

—¿Eh?

—No sabes lo que es, ¿verdad? Nada más sencillo, mí querido Lester. No te mataría, sólo te arrancaría los ojos…

—¡Calla!

—No temas. Si te portas bien y me das la mitad de lo que obtengamos con la venta de la droga, no te ocurrirá nada.

—Bien, de acuerdo. Dejemos eso ahora. Lo que importa es largarnos cuanto antes de este maldito pueblo. Ahora sabemos que esos cuatro se salvaron y están aquí, armados por lo visto…

—Jefe…

—¡Sí, Lucas!

—Deje que Bob y yo nos encarguemos de esos idiotas.

—¿También de Vittorio?

—¿Y por qué no? Cuando se haga de noche, Buck y yo saldremos en su busca. Y los sorprenderemos.

—No temo a los otros tres idiotas, pero Scarfarlatti…

—Es un hombre como los demás.

—Está bien. Saldréis esta noche, pero abrid bien los ojos.

* * *

—Está anocheciendo.

Pat asintió con la cabeza.

Habían cerrado todas las puertas de la tienda, y el irlandés notó que Vittorio seguía silencioso, nervioso.

«Como todos los sicilianos —pensó—, es muy supersticioso.»

Y dirigiéndose al negro.

—¿Sabes, Mead, que creo haber descubierto el misterio de esos fantasmas?

—¿De veras?

—Sí, creo que son merodeadores, gentuza que viene a robar todo lo que los habitantes de este pueblo han abandonado.

—¿Y tenían que vestirse de blanco para eso?

—Puede que Vittorio confundiese unos simples guardapolvos con sábanas fantasmales. Scarfarlatti alzó hacia el irlandés una mirada

aviesa.

—Ningún vivo me ha dado miedo jamás, hablador.

—¿Es que crees que esos tipos están muertos?

—Yo sólo he dicho que sus rostros no tenían aspecto humano.

—Podían llevar máscaras.

—No lo sé ni me importa. Pero no esperes que vaya a comprobarlo, al menos mientras sea de noche.

—Yo voy a salir.

—¿Estás loco, pequeño irlandés?

—No, negro. No estoy loco. Quiero ver lo que pasa y buscar un coche.

—¡Ojalá lo encuentres! —exclamó el siciliano.

Hiram había puesto su manaza negra en el hombro de O'Daniel.

—¿Para qué vas a exponerte, hermano? Podríamos salir los dos o los tres…

—¡No contéis conmigo!

—Bien, Vittorio. Saldremos los dos, mañana por la mañana.

—No —insistió Pat—. Voy a salir ahora mismo.

Mead no pudo convencerle, aunque le acompañó hasta la puerta. Pat iba armado con el rifle y el revólver.

—Ten mucho cuidado, amigo.

—Lo tendré. Y cuando regrese, golpearé cinco veces en la puerta. Así sabréis que soy yo.

—De acuerdo.

Antes de dejar a los otros dos, Pat O'Daniel observó que no había tampoco luz eléctrica para el alumbrado.

Recordó entonces que, al llegar a aquel pueblo, habían comprobado que los sistemas de frío de las tiendas de comestibles, *drugstores* e *inris* no funcionaban. Tampoco el teléfono daba señal alguna.

¿Qué podía haber ocurrido en aquel lugar?

Desde luego, el temporal que hizo naufragar al *Pearl* no parecía haber afectado en absoluto la franja de tierra firme a la que habían llegado nadando.

¿Entonces…?

Movido por la curiosidad, O'Daniel visitó algunas casas, en las que vio que sus habitantes no habían salido de sus domicilios en desorden, al menos la mayor parte de ellos.

Los armarios estaban semivacíos, lo que demostraba que la gente había tenido tiempo de coger las cosas que verdaderamente debía o quería llevarse.

Mientras volvía a la calle, la oscuridad no le permitía seguir sus visitas en el interior de las casas, Pat se decidió a no hacerse más

preguntas sobre lo que podía haber provocado aquella deserción en masa.

Lo que debía preocuparle, pensó, era procurar que sus amigos y él saliesen cuanto antes de aquel lugar, buscando un sitio habitado en el que pudieran encontrarse a gusto.

«¡Cuidado! —le advirtió una voz interior—. Hay alguien por aquí…»

Se pegó a la fachada de la casa, justo en el momento en que vio a un grupo de cinco hombres saliendo de la mansión situada justo enfrente de donde él se hallaba.

¡Vittorio no se había equivocado!

Todos aquellos hombres llevaban largos camisones de tela recia, de color blanco, lo que permitía verles en la oscuridad de la noche; no así sus rostros, que Pat no pudo distinguir.

Pero había algo amenazador en el aspecto de aquellos hombres: algo que O'Daniel no podía explicarse, aunque le causaba una penosa impresión.

Fue cuando el extraño cortejo desapareció en la más cercana esquina, cuando Pat vio un leve reflejo que salía por la ventana de la casa que los encamisados acababan de abandonar.

Reflexionó unos instantes; después, tomando una súbita decisión, cruzó la calle, dirigiéndose hacia aquella tenue luz, la única visible en toda la larga calle.

Echándose el rifle en bandolera, esgrimió el revólver y con el dedo en el gatillo, entró despacio en la casa.

La luz procedía de una puerta, que había quedado abierta, situada a la derecha de la entrada.

El irlandés avanzó muy despacio hacia aquella puerta.

Al llegar a ella, vio la luz en el suelo, percatándose de que se trataba de una linterna que había sido abandonada allí, pero casi enseguida, al descubrir la silueta yaciente del hombre, comprendió que debía haber sido él quien la dejó caer.

Inclinándose, Pat recogió la lámpara.

Naturalmente, lo primero que hizo fue enfocar al hombre que estaba en el suelo.

Una exclamación de asombro estuvo a punto de escapar de sus labios.

Porque aquel hombre no era otro que uno de los matones de Lester Gadner, el tipo llamado Robert Buck.

¡Y cómo lo habían dejado!

Se habían cebado salvajemente en él, destrozándole, seguramente a cuchilladas.

Pat se dijo que los temores del falso mayordomo no eran vanos, y que aquellos hombres debía representar un poder extraño, como así lo

habían demostrado al matar tan cruelmente a Buck.

Pero, ¿quiénes eran aquellos extraños encamisados?

Iba a abandonar la habitación cuando oyó un ruido que procedía del fondo del pasillo. Apagando la linterna, salió de la estancia, y orientándose por aquel ruido, avanzó a lo largo del pasillo.

Hasta que tropezó con otra puerta, igualmente j entreabierta.

Con la linterna en una mano y el revólver en la otra, empujó la hoja de madera, consiguiendo abrirla sin hacer ruido.

Había otra linterna en aquella estancia, posada sobre una especie de mesa, iluminando algo que dejó sin habla al irlandés.

¡Un automóvil!

No era de modelo demasiado reciente, pero era grande y parecía encontrarse en buen estado. El cono luminoso de la linterna iluminaba el rostro arrugado de Lucas, el otro matón, que estaba examinando detenidamente el motor del vehículo.

En contra de lo que Pat pensaba, Samuel debía haber presentido una presencia tras él, ya que con voz alegre exclamó:

—¡Está en plena forma, Bob! Hay gasolina y todo funciona perfectamente bien. El *boss* va a estar muy contento, ya que podremos largarnos rápidamente de este maldito pueblo.

Era evidente que Lucas le había tomado por su compañero, cuya muerte ignoraba.

Sin dudar, Pat se acercó al otro, que seguía inclinado sobre el motor, poniéndole el cañón del revólver en la nuca.

—¡No te muevas, Samuel!

—¿Eh? ¿Quién eres? —preguntó el guardaespaldas sin volverse.

—Pat, el ayudante del maquinista.

—No hagas el idiota, muchacho. Robert anda por ahí y va a pegarte un tiro.

—Buck no pegará ningún tiro a nadie. Lo han matado. He encontrado su cuerpo en la habitación de delante del pasillo.

—¡Mientes!

—Ven conmigo a verlo, pero espera…

Le quitó la pistola, observando que Samuel había dejado una metralleta en un rincón. —Volveremos por ella —dijo el irlandés.

Cuando Lucas vio el cuerpo de su compinche, juró como un carretero, y como Pat le había dicho que los autores de aquel asesinato eran los hombres de los camisones blancos.

—Deja que coja la Tompson, muchacho —dijo—. Voy a convertirles en coladores…

—No hay tiempo que perder —repuso O'Daniel—. Tú vas a venir conmigo.

—Como tú quieres.

Prudente, Pat volvió con él para recoger la metralleta, pensando que lo mejor era no dejar arma alguna al alcance de aquellos extraños «fantasmas».

Luego, rozando las fachadas de las casas, regresaron al lugar donde esperaban los amigos de Pat.

Capítulo V

—¡UN coche! —exclamó el negro con los ojos inmensamente abiertos —. ¡Vaya suerte! Nos vamos a largar ahora mismo, ¿verdad, compañeros?

Vittorio, que miraba con fijeza a Samuel, se mordió los labios.

—Yo creo que deberíamos llevarnos, por lo menos, a la chica. ¿Qué te parece, Pat? —¡Llevadme a mí también! —exclamó el matón—. ¡No quiero quedarme en este pueblo de locos asesinos!

—Tú… cierra el pico —gruñó Scarfarlatti.

Pat reflexionó unos instantes.

—Mi opinión —dijo—, es que nos llevemos a todos y, naturalmente, habremos de cargar también las cajas con la droga.

—Eso no lo dudes —sonrió el siciliano—. No creo que María permitiese que esa fortuna se quedara aquí.

Pat se volvió hacia Samuel.

—¿Dónde están los otros?

—En la última casa del pueblo —dijo—. Cuando nos enteramos de la presencia de esos tipos con camisón, el *boss* ordenó que cerrásemos todas las puertas y ventanas. La casa es una pequeña fortaleza, y tanto el patrón como la señorita y el piloto están armados hasta los dientes.

—¡Y tú quieres que vayamos por esa gente! —exclamó el moreno—. ¡Nos recibirán a tiros!

—No —dijo Pat—. No ocurrirá nada de eso. Hasta ahora, por lo que sabemos, los disparos han atraído a esos hombres. No debe haber ni un solo tiro.

—¿Y cómo vas a evitarlo?

—Voy a hacer que Samuel les hable a través de la puerta. Todo va a depender de lo que decida Gadner. Si no está loco, aceptará lo que le pidamos, ya que si se niega nos iremos con el coche y se quedará solo en este infierno.

—¿Y la chica?

Pat lanzó una viva mirada al siciliano.

—¡Déjanos en paz con esa mujer, Vittorio! El que sea tu cliente, no va a hacernos andar de cabeza.

—¿Vittorio? —exclamó Samuel extrañado—. ¿No serás el famoso Vittorio Scarfarlatti?

El asesino profesional sonrió.

—Sí, soy yo.

—¡Diablo! Te hemos tenido a bordo, sin saberlo.

—Cosas de la vida.

—Dejémonos de charlas —intervino Pat—, y vamos a empezar a trabajar. Coged las armas. Iremos hasta esa casa y hablaremos con Lester.

—¿Y qué haréis conmigo si el patrón se niega? —preguntó el guardaespaldas que había perdido mucha seguridad en sí mismo desde que supo que el famoso «ejecutor» estaba allí.

—Te volaré la cabeza —silbó Vittorio.

—Cuidado —intervino Pat—, Ya he dicho que no debemos disparar nuestras armas… a menos que nos tropecemos con los encamisados.

—Está bien, irlandés —dijo Vittorio con un gruñido—. Haremos lo que tú quieres hasta que salgamos de aquí, pero no olvides que tengo un contrato pendiente.

—Lo podrás cumplir cuando estemos fuera de este mundo inhabitado —dijo sencillamente Pat.

—Nadie te ha nombrado jefe de este grupo —volvió a gruñir el siciliano.

El negro se adelantó, mirando hacia abajo, clavando sus ojos en los del «ejecutor». —Cuidado, «tipejo» —dijo hablando con lentitud—. A mí, los matones me dan risa. Y si intentas algo contra el pequeño irlandés, procura hacerlo rápidamente y lejos de mí, porque si estoy a tu lado, voy a aplastarte el cráneo de un puñetazo.

* * *

—No seas pesimista —dijo Lester—. Ya verás cómo esos dos consiguen encontrar un coche. Y nos iremos de aquí.

Downey se encogió de hombros.

—Me gustaría ser tan optimista como usted.

Lester se encogió de hombros, y volviéndose a la muchacha:

—¿Qué piensas tú, María?

—Estoy de acuerdo con Alexander —repuso ella—. Tú confías demasiado en esa pareja de brutos que no saben más que manejar la pistola, pero que tienen menos sesos que un mosquito.

Gadner frunció el ceño y malhumorado:

—¡Id al diablo los dos! Yo tengo la seguridad de salir de aquí. Y en cuanto lleguemos a un lugar con teléfono, todo se arreglará. Nos procurarán un nuevo barco y nos dirigiremos hacia Alaska. Allí entregaremos la mercancía y cobraremos, que es lo importante.

María se mordió los labios.

—Fue una canallada por tu parte dejar al resto de la tripulación en el barco.

—¿Y qué querías que hiciera, preciosa? La vida me ha enseñado que los testigos son siempre un estorbo.

Ella no dijo nada, pensando en el falso mayordomo.

La presencia de Vittorio, durante el viaje, le había procurado una sensación de seguridad.

Ahora, sin el apoyo de aquel hombre, temía, y con razón, que Lester le jugase una mala pasada.

Aunque…

La idea estalló en su cerebro como un festival de fuegos artificiales. Sonrió, pensando que aquélla era la mejor solución que podía habérsele ocurrido.

Comunicarse con su padre.

Ya que no podía contar con seguridad, con la ayuda de Vittorio, que estaba en poder de aquel Pat y del negro, lo mejor era conseguir que la droga llegase a manos de su padre quien, con toda seguridad, la perdonaría.

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta.

—¡Ya están de vuelta! —exclamó Lester con visible alegría—. Espera, Downey… ¡no abras!

Se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, patrón… pero vengo acompañado.

—¿Eh?

—Esos hombres mataron a Bob.

—¿Y quién diablos viene contigo?

—Los tripulantes del *Pearl*, patrón.

Sin poderlo evitar, la muchacha se adelantó hacia la puerta.

—¿Están todos, Lucas?

Gadner la fusiló con la mirada, pero no dijo nada.

—Sí, todos, «*miss*». Excepto el cocinero que murió, según me han dicho.

—¡Un momento! —dijo Lester—. No voy a abrir. Estoy apuntando a la puerta con la metralleta… Lucas, ¿por qué los has traído? No los necesitamos para nada…

Fue la voz de Pat la que se dejó oír entonces.

—Escuche, Gadner —dijo—. Soy Pat O'Daniel… Tenemos un coche preparado. En principio, no pensábamos venir aquí. Nos habríamos ido tranquilamente. ¿Me entiende? —Sí.

—Pero hemos pensado que lo que lleva usted en las cajas… podría

interesarnos a todos. Hay suficiente dinero como para repartirlo… honradamente.

—¡Eres muy listo… y muy gracioso!

—No soy tonto, si es eso lo que piensa usted, Gadner. He aquí mi proposición: o nos vamos todos… y luego hay reparto de beneficios… o nos largamos de aquí, dejándole que rabie y reviente a gusto.

Lester se mordió los labios.

—¡Id al diablo!

—Bien. Como usted quiera. Pero no olvide que esos hombres en camisón conseguirán asaltar la casa, aunque mate usted a la mitad, son muchos… y parecen desesperados.

Y como Gadner no dijese nada:

—De acuerdo, Lester… ¡nos vamos!

—¡Un momento!

—¿Sí?

—Acepto.

—Hay algunas condiciones previas.

—¿Cuáles?

—Tendrá que entregarnos las armas. Todas.

—¿Te has vuelto loco? ¿Crees que voy a estar a vuestra merced? ¿Ignoras que está con vosotros un famoso pistolero?

—No ignoro nada, pero nadie disparará contra nadie. Se lo prometo.

—No me fío de esa serpiente de Vittorio.

Scarfarlatti lanzó un rugido, acercándose a la puerta.

—¡Cerdo! —exclamó—. Voy a…

No acabó la frase.

El puño derecho del negro cayó como una masa sobre su cabeza, y el asesino profesional se desplomó pesadamente.

El negro le desarmó en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué ha pasado ahí afuera? —inquirió Lester con una cierta inquietud en la voz.

Pat le contestó:

—Acabamos de desarmar a Vittorio. Ya ves —dijo tuteando a Lester —que te hemos dado una prueba de buena voluntad. Tuya es ahora la ocasión de demostrarnos tu buena disposición.

—Está bien —dijo Gadner después de un corto silencio—. Estoy de acuerdo contigo. Vamos a entregaros las armas.

Diez minutos después, Alexander y el negro cargados con sendas cajas, la caravana se puso en marcha hacia el lugar en el que se hallaba el coche.

Andaban con sumo cuidado, pegados a las paredes de las casas, con las armas dispuestas.

No encontraron a nadie.

Una vez cargado el coche, Pat ordenó a Mead que abriera sin ruido las puertas del garaje.

Atontado aún por el golpe, Vittorio se dejaba llevar como un niño.

Pat se puso tras el volante.

—Tened mucho cuidado —advirtió a los demás—. Vamos a salir corriendo… y si tropiezo con esos hombres, no me detendré. ¡Agarraos bien!

Puso el motor en marcha y salió del garaje.

El ruido del coche se repetía en las fachadas. Pat fue acelerando, con los nervios tensos. Era como si su instinto le estuviera avisando de que un peligro podría surgir en cualquier momento.

Y así ocurrió.

De repente, saliendo de las casas, a ambos lados de la calle, una masa de hombres en camisón corrió locamente para interceptar el paso del coche.

* * *

A pesar de la pericia del capitán Hollister, el *Eagle* corrió la misma suerte que el yate de Gadner.

El barco terminó chocando con un arrecife y el casco se abrió como un cascarón de nuez.

El salvamento estuvo repleto de desgracias, y tras una lucha desesperada, no consiguieron llegar a la costa, en simple bote de salvamento, más que seis personas: el capitán Hollister, Harry Mortimer, el químico y cuatro marineros: Kramer, Thomas, Rudy y Comper, así como el precioso cargamento.

Después de descansar toda la noche en un pequeño balneario abandonado, al hacerse de día, siguiendo una carretera que encontraron desierta, se dirigieron hacia el interior de las tierras.

Anduvieron, descansando de vez en cuando, ansiosos por encontrar a alguien que les llevase a la próxima ciudad. Se extrañaron de no ver vehículo alguno y, al encontrar una casa de campo, cuando ya se hacía de noche, optaron por descansar allí antes de proseguir su camino.

—Todo esto es muy raro —comentó el capitán Hollister—. No sé exactamente en qué lugar nos encontramos, aunque sospecho que estamos en algún sitio de la baja California, no muy lejos de la frontera con la California mexicana, pero no entiendo que no haya nadie.

—Lo verdaderamente curioso —dijo Mortimer—es que no hayamos visto huellas del ciclón, lo que explicaría que la gente hubiera abandonado esta zona.

Andrew lanzó un gruñido y mesándose la barba.

—¡Al diablo con las preocupaciones! —dijo—. Lo que interesa, en cuanto lleguemos a algún sitio habitado, es obrar con prudencia. Nadie debe sospechar la carga que llevamos.

—¿Tiene usted algún proyecto concreto para poder vender la droga?

El capitán reflexionó unos instantes.

—No veo más que uno: llegar a Los Angeles y ponernos en comunicación con Staffino. Nadie mejor que él podría pagarnos una cantidad aceptable.

—¿Olvida usted que esta mercancía estaba destinada a él?

—Precisamente, muchacho. Al haber engañado a ese granuja de Gadner, podemos contar con el agradecimiento de Staffino. Desde luego, es un pillo redomado, y procurará pagarnos mucho menos de lo que podríamos obtener en otro sitio. Pero con el dinero que Lester nos ha dado y el que Staffino nos pagará, creo que podemos darnos por satisfechos.

—¿Y ésos? —inquirió Harry haciendo un gesto hacia los cuatro marineros que dormían profundamente.

—Cincuenta de los grandes para cada uno será más que suficiente. No hay problema en ese aspecto.

—Mejor que mejor.

* * *

—¡Cuidado! —gritó Pat.

Y aceleró, apretando el volante con todas sus fuerzas, pero fue incapaz de lanzar el vehículo contra el grupo de hombres encamisados que se había puesto ante el coche.

Tuvo, pues, que hacer girar el vehículo, describiendo una serie de «eses».

—¡No disparar! —aconsejó—. ¡Golpeadles!

Porque, embravecidos, los extraños hombres intentaban agarrarse a los bordes del coche para trepar a él. Casi todos esgrimían cuchillos de grandes dimensiones. —¡Malditos! —aulló el negro que repartía culatazos a diestro y siniestro.

Alexander, el piloto, le imitaba, pero no los otros tres: la muchacha porque estaba aterrorizada, Lester porque era demasiado cobarde y se agazapaba en su asiento y, finalmente, Vittorio, porque aún estaba medio sonado y sonreía beatíficamente como si todo aquello le divirtiese.

Por último, habiendo avistado una brecha entre la masa blanca de los asaltantes, Pat consiguió lanzar al coche por la carretera, hundiendo hasta el fondo el pedal del acelerador.

Lanzó un suspiro de alivio.

—¡Deberíamos haberles acribillado a balazos! —dijo Lester.

—¡Bien hablado, jefe! —dijo Lucas.

El negro le lanzó una mirada terrorífica.

—¿Por qué te crees, idiota, que te hemos desarmado? Tú, con tal de complacer a tu amado jefe, serías capaz de asesinar a tu propio hermano.

Y volviéndose hacia Pat que iba sentado a su lado, tras el volante:

—¿Hacia dónde vamos ahora, O'Daniel?

—A la primera ciudad que encontremos, Mead. Una ciudad con gente, con coches, con bares y tiendas, con teléfonos…

—¿Qué crees que ha pasado en el pueblo que hemos abandonado?

—No lo sé, amigo mío. Algo muy extraño, desde luego.

El negro entornó los ojos, frunciendo la frente, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo de concentración.

—Seguro que habrás visto de cerca los rostros de esos hombres, ¿no es verdad, pequeño irlandés?

—Sí.

—Entonces, ¿lo sabes?

—Sí.

—Me lo imaginaba. Pero no pensé que pudiese ser así hasta que los vi de cerca, iluminados por los faros del coche. Recordé entonces que una vez, trabajando como mozo en un buque en el Mississippi. Nos detuvimos en un poblado donde había gente de ésa…

—Comprendo. Yo tampoco pensé en ello hasta que he sabido que llegamos a la parte meridional de California. Entonces, recordé el poblado de San Isidro, junto a la frontera mexicana.

—¿Qué hay en ese lugar?

—Un sitio donde se concentra a esos desgraciados.

Debieron escaparse del hospital y dirigirse hacia el mar. Por eso les encontramos en ese pueblecito.

—Están como locos.

—Es mucho peor. Algo muy grave ha debido ocurrir en esta región, y lo peor de todo es que se debieron olvidar de ellos. No comprenden, ¿te das cuenta? Y al salir, desesperados, se han encontrado un mundo vacío, deshabitado.

Adelantándose un poco en su asiento, María, que había seguido con interés la conversación entre los dos hombres, inquirió: —Son locos escapados de un manicomio, ¿verdad? Mead se volvió hacia ella.

—Son leprosos, señorita.

Capítulo VI

SE detuvieron ante el letrero, mirándolo con fijeza, en silencio, pero experimentando un gozo intimo que se leía en sus rostros.

El letrero decía:

«NATIONAL CITY. — 15 miles.»

—¡Cielos! —exclamó finalmente el capitán barbudo—. ¡Estamos en nuestra tierra! En California del Sur.

—¿Creía usted que habíamos ido a parar más lejos? —preguntó Mortimer.

—¡Cómo podía saberlo! Con la galerna que se nos echó encima, igual hubiésemos ido a parar al sur de México. Aunque quizás habría sido mejor.

—¿Por qué?

—Por la droga, muchachos, por la droga. El que estemos en los Estados Unidos significa policía, FBI y brigada Antidroga. Por eso hemos de tomar ciertas precauciones. —Entiendo.

—No entraremos en la ciudad, pero uno de nosotros lo hará, hasta llegar al primer teléfono que encuentre.

Una llamada a Pietro Staffino y él enviará a por la mercancía.

—Ya veo.

—Encontraremos albergue en alguno de los moteles que rodean la ciudad.

—¿Conoce usted National City?

Hollister sonrió.

—Como mi propia mano, muchacho. Hace años, muchos, empecé a trabajar por esta zona, haciendo contrabando de mano de obra. Conozco todos los lugares: Chula Vista, Imperial Beach y un pueblo, llamado San Isidro, donde lo recuerdo bien, había una leprosería.

Continuaron andando por la carretera.

Los cuatro marinos iban cargados como mulos, pero contentos en su interior, ya que sabían que estaban acercándose al final del viaje y que recibirían los cincuenta mil dólares por barba que el capitán les había prometido.

Cuando, finalmente, llegaron a una colina desde la que se veía la ciudad, Andrew, el capitán, mostró un edificio de una sola planta que se hallaba a unos trescientos metros de la cima de la colina.

—Ese es el motel en el que vamos a alojarnos —dijo—. Nada importa nuestro aspecto. Al dueño le interesa únicamente que se le pague por adelantado. Además, le conozco…

—¿Quién va a ir a la ciudad? —preguntó el químico.

—Tú.

—¿Yo?

—Sí. Pediré al dueño del motel que nos deje su coche, pagándole naturalmente. Será un paseo para ti. ¿Conoces el teléfono de Staffino en Los Angeles?

—No, pero no será difícil encontrarlo en el Anuario.

—Te equivocas. Staffino no es de los hombres a los que les guste estar en los listines. Tienes que buscar el número de un bar llamado «The Blue Star». Allí preguntarás por un tal Mickey, al que tienes que decir que la mercancía está en buenas manos, que la tiene el capitán Hollister. Le das a Mickey el número desde el que llamas y esperas un poco. Piero no tardará mucho en llamarte. Le dices entonces que prepare la «pasta» y que envíe alguien al motel. ¿Entendido?

—Sí.

—Mientras, yo dispondré las cosas para que no puedan jugarnos una mala pasada.

—¿Crees que Staffino…?

—Todos los tratantes en droga son unos bastardos, muchacho. Piero es capaz de enviar un coche lleno de matones y llevarse la droga tras llenarnos el cuerpo de agujeros.

—¿Entonces?

—Ocultaré la mercancía y a los muchachos de mi barco. Sólo guardaré unos cuantos saquitos para que Pietro vea que es de primera calidad. Y sólo cuando me haya entregado el dinero, le diré en qué lugar está el resto.

* * *

—¡National City! —exclamó el negro cuando el coche pasó junto al letrero que indicaba el nombre de la ciudad a la que se estaban acercando—. ¡Estamos en casa, en la baja California!

Lester, el ceño fruncido, se incorporó a medias en su asiento, acercando su rostro a la nuca del conductor.

—No deberíamos entrar en la ciudad así como así, muchacho —le dijo—. Con lo que llevamos en las cajas, podría ser peligroso.

—¿Qué propone usted?

—Podríamos detenernos un poco antes de llegar a National City… entonces tú te acercarías con el coche e irías a ver a un amigo mío, un tal Framer, que tiene un local en Sun Street. Luego esperaríamos a que fuera de noche y nos acercaríamos a su almacén. Es un lugar seguro.

O'Daniel sonrió.

—¿No cree usted que exagera un poco, Gadner? Nos está haciendo colaborar en su negocio y aún no nos ha prometido nada en serio.

—Es que el caballero —intervino el negro—sigue creyendo que estamos en su yate, a sus órdenes.

Lester hizo una mueca.

—Está bien —dijo—. Habrá cien de los grandes para cada uno de vosotros dos. ¿Qué os parece?

Pat y Mead intercambiaron una rápida mirada.

—No está mal —dijo el irlandés—. Haremos lo que usted dice.

—¡Magnífico! —exclamó Lester con un suspiro de alivio—. ¡No os pesará haberme ayudado, muchachos!

Veinte minutos más tarde, ya a la vista de la ciudad, Pat detuvo el coche, del que bajaron todos, excepto el negro y él. Había un pequeño bosquecillo de abedules a la derecha de la carretera.

—Nos instalaremos ahí —dijo Lester tras hacer que las cajas fuesen descendidas del coche—. No tardéis mucho, por favor. Y abrid bien los ojos si veis a los «polis».

* * *

—Esperad aquí —dijo Andrew a los marineros—. Volveremos enseguida, ¡Vamos, Harry! Mortimer y él se dirigieron hacia el motel.

Había una carretera doble, delimitada por plantas grasas y que terminaba, ya junto a las construcciones de un solo piso, en un paso formado por dos artísticas palmeras.

—Es un lugar muy agradable —dijo Hollister con una sonrisa—. Un sitio ideal para lo que nos proponemos hacer. Aquí —y lanzó un suspiro —hacía yo muchas de las transacciones en mis buenos tiempos de contrabandista. Ya verás lo simpático que es el dueño.

Y al llegar junto al edificio donde estaba la recepción:

—¡Campell! —gritó alegremente—, ¡Arthur Campell! ¿Dónde demonios estás metido, viejo granuja?

Nadie contestó.

Intrigado, Hollister empujó la puerta, entrando en la casa, seguido de cerca por el químico.

La oficina estaba vacía, así como las habitaciones en las que,

seguramente, vivía el dueño del establecimiento.

—Debe estar con alguno de los huéspedes —dijo Andrew.

—No he visto ningún coche —observó Mortimer.

—El *parking* está en la parte de atrás, vamos.

Recorrieron, uno a uno, la totalidad de los departamentos individuales que dibujaban una especie de gran «L». Tampoco vieron un solo coche en el *parking*.

Hollister frunció el entrecejo.

—¡Diablos! Voy a llamar a Mickey desde la oficina. Este idiota de Campell ha debido de abandonar el motel. Y me extraña, porque la última vez que le vi le iba muy bien. No entiendo…

Regresaron a la recepción, y Andrew descolgó el teléfono.

—No hay señal… —dijo al cabo de un instante—. La línea está cortada.

Se veía que estaba tremendamente contrariado, pero consiguió dominarse, esbozando una sonrisa.

—¡Al infierno con Campell! —exclamó—. Vas a hacer lo que te he dicho, Harry. Lárgate a la ciudad y ponte en comunicación con Mickey. Recuerda las instrucciones que te he dado.

—Sí. Llamar al «The Blue Star», hablar con ese tal Mickey y esperar a que Pietro Staffino se ponga en comunicación conmigo.

—¡Eso es! Date prisa, Harry. Estoy deseando que terminemos este asunto y nos larguemos cada uno por nuestro lado.

* * *

—Oye, pequeño irlandés.

—¿Sí?

—Tengo muchas ganas de terminar con todo esto. Y estoy contento de poder irme con mucho más dinero del que jamás he tenido. Porque cien mil dólares es mucho dinero, ¿verdad?

—Sí —dijo Pat sonriendo—, pero no para ese canalla de Gadner, Mead. No olvides que ha pagado millón y medio por lo que lleva en las cajas.

—¿Un millón?

—Y medio.

El negro movió la cabeza de un lado para otro.

—Nunca he sabido bien lo que es un millón.

—Demasiado dinero para una persona decente, negro. No pienses más en ello. El dinero, cuando llega en cantidad, enloquece siempre a los hombres.

—Puede que tengas razón.

Pat aminoró un poco, al entrar en la ciudad, ciñéndose a las 30 millas por hora que señalaban los carteles.

Pero, casi enseguida, al penetrar en una amplia avenida, los dos hombres fruncieron el ceño al mismo tiempo.

—¿Eh? ¡No! —exclamó Mead.

—No hay nadie.

—Ni una sola persona.

—Ni un coche.

Avanzando a velocidad moderada, recorrieron la avenida, tomando después una gran calle transversal a aquélla.

El aspecto de la ciudad era indescriptible.

Silenciosa, vacía, con muchas de las puertas de los establecimientos entreabiertas, también algunas ventanas, las calles limpias y aquella quietud de fin de mundo… o de principio.

—Un mundo inhabitado… —musitó Pat.

—Pero… —inquirió el negro con los ojos desorbitados—, ¿qué ha podido ocurrir, pequeño irlandés? Parece como si la gente hubiese huido.

—O desaparecido. ¿Has oído hablar de la bomba de neutrones?

—¿Qué es eso?

—Un arma que hace que la vida desaparezca, pero que no daña a los edificios y construcciones.

—Pero, mira esos árboles. ¿No son acaso seres vivos?

—Es cierto. Y eso es lo que me da la esperanza de que los hombres no hayan cometido su última locura. Además no hay vehículos.

Pat frenó el coche ante un gran almacén.

—Ven, varaos a comprobar alguna cosa.

—Bien.

Entraron en el establecimiento que, como todo lo demás, estaba desierto. Había secciones de todo lo imaginable: desde ropa, calzado, electrodomésticos, televisores… O'Daniel accionó algunos interruptores.

—No hay corriente —dijo.

Luego subieron a las oficinas, en el primer piso, descolgando algunos de los teléfonos. —La línea está muerta.

El negro miró intensamente a su amigo.

—¿Y si todos los Estados Unidos estuviesen igual?

—No puedo creerlo. Sería demasiado horrible.

—Estoy pensando en un ataque de los rasos, con esas bombas de… ¿cómo dijiste que se llamaban?

—Neutrones, pero no es posible. La vida vegetal…

Un brusco ladrido les hizo dar un brinco, al tiempo que se volvían. Un pequeño caniche de color canela les miraba con sus alegres ojos

redondos, moviendo insistentemente la cola.

—No —suspiró Pat—. No ha habido neutrones.

—¡Ven aquí, chiquitín! —dijo Mead acercándose al perro que tras retroceder un poco, se echó materialmente en brazos del negro.

Hiram se puso a reír como un niño.

—¡Mira qué simpático es, Pat! Me voy a quedar con él. Siempre me gustaron los perros. Le llamaré «chucho». ¿Qué te parece? Pero… ¿qué pasa, pequeño irlandés?

O'Daniel se había acercado a uno de los grandes ventanales, y el negro, con el caniche en los brazos, se acercó a él.

—¿Pasa algo, Pat?

—Mira allí enfrente, hay un hombre en una cabina telefónica.

—¡Es verdad! Debe ser el único habitante de este mundo desierto.

—No, no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque si fuera alguien de esta ciudad, sabría que los teléfonos no funcionan. Ahora sale… ha visto el coche… ¡corramos, moreno… o nos va a quitar el automóvil!

Bajaron como trombas, llegando justo cuando el hombre se había sentado al volante.

Pat se echó el rifle a la cara.

—¡Alto ahí, amigo! Baja del coche o te agujereo la cabeza.

El otro obedeció. Entonces, Pat se percató de que su mano izquierda no era más que un informe muñón ennegrecido.

—¿Quién eres? —le preguntó mientras que el negro se ponía detrás del desconocido.

—No quería robaros el coche —dijo el otro—. Me llamo Harry Mortimer.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Nuestro buque embarrancó cerca de la costa y hemos venido andando. Mis amigos me esperan fuera de la ciudad. Yo vine a llamar por teléfono, pero las líneas no funcionan.

—Eso ya lo sabemos.

Pat tuvo una idea, y mirando a Mortimer:

—¿Cómo se llamaba tu buque?

—El *Eagle*.

El irlandés lanzó una carcajada, y volviéndose hacia Mead:

—¿Te das cuenta, negro? Este tipo estaba en el buque al que fueron Lester, la chica y los matones.

Ahora fue Harry quien mostró su asombro.

—¿Cómo? Vosotros estabais en el *Pearl*?

—Así es.

—¿Y los demás? —preguntó Harry con un cierto temblor en la voz.

—Nos esperan, como tus amigos te esperan a ti. Este mundo puede estar deshabitado, pero es, como todos los mundos, un pañuelo.

Una luz de inquietud se pintó en los ojos del químico.

—¿Qué pensáis hacer conmigo?

Pat reflexionó unos instantes.

—Vamos a llevarte con nosotros. Luego regresaremos a la ciudad y nos instalaremos, hasta que pensemos en lo que podemos hacer. Creo que no tendremos más remedio que seguir viajando. Espero encontrar gasolina en alguna estación de servicio. Hemos de hallar, sea como sea, un lugar habitado.

—Pero…

La bala pasó muy cerca de la cabeza del negro, mucho antes que el disparo rompiera el silencio.

Los tres hombres se tiraron al suelo al mismo tiempo.

—¡Alejaos del coche! —rugió una voz que procedía de una de las ventanas de un gran edificio situado frente al almacén.

Y al ver que los tres no se movían, volvieron a disparar. Los proyectiles rebotaban en el suelo con un chirrido agudo.

—¡He dicho lejos del coche! —aulló de nuevo la voz—, ¡Y sin incorporarse! ¡Arrastraos y soltad las armas!

Pat soltó el rifle, imitado por el negro, que seguía con el perrito entre los brazos. El irlandés se acercó despacio a Mead.

—No dejes ver que llevas una pistola —le dijo en voz baja—. Por lo que creo, lo único que les interesa es el coche… pero no voy a dejárselo así como así.

Se arrastraron, seguidos por Mortimer que temblaba de pies a cabeza.

—Escucha, Harry —le dijo Pat sin volverse—. En cuanto estemos al otro lado del coche, corre hacia el almacén. Nosotros haremos lo mismo. ¿Entendido?

—Sí… —balbuceó Mortimer.

Siguieron arrastrándose y cuando Pat estuvo seguro de que el automóvil les servía de escudo, gritó:

—¡Ahora!

Se incorporaron, corriendo como locos hacia el almacén.

Una lluvia de balas destrozó las lunas de los escaparates, pero ninguna de ellas alcanzó a los tres hombres.

Una vez dentro de la tienda, Pat se volvió hacia la puerta.

—¡Lo hemos conseguido! Desde aquí, no dejaremos que se acerquen al coche.

—¡Lástima que hayamos soltado los rifles! —se quejó el negro.

—No importa, por ahora. Para llegar hasta el auto tienen que atravesar la avenida, y no vamos a dejar que lo hagan.

—¿Cuántas balas tenemos?

—Yo llevo dos cajas en los bolsillos.

—Yo no tengo más que una.

—Hay bastante, hasta que se haga de noche… entonces es cuando las cosas se pondrán más difíciles.

—¿Por qué no acribillamos el motor a balazos? Podríamos incendiar ese maldito auto.

—¿Estás loco, negro? El coche es nuestra única posibilidad de salir de este mundo muerto… de todas las maneras, lo destruiré si veo que ellos van a apoderarse de él.

—No serán… otros leprosos, ¿verdad?

—No, no lo creo…

Fue en aquel momento cuando la voz llegó hasta ellos.

—¡Escuchad! Necesitamos ese coche. Hay botín para todos. Tenemos un buen montón de joyas y oro, pero hay que sacarlos de aquí antes de esta noche… cuando caiga…

La voz se calló.

Pat intrigado, se acercó a la puerta.

—¿De qué estás hablando?

—¿Es que no sabéis nada de lo que va a ocurrir?

—No. Hemos llegado de la costa.

—Anunciaron que un meteorito gigantesco va a caer en esta zona… y la evacuaron a toda velocidad. La gente estaba enloquecida… Nosotros nos escondimos… y hemos registrado todo. Ya te he dicho que hemos encontrado montones de joyas… ¡una fortuna!

Un nuevo silencio.

Luego:

—Estamos dispuestos a repartir el botín si dejáis que utilicemos vuestro coche. No hay un solo vehículo en la ciudad.

—Dame una hora para pensarlo.

—Bien, pero no olvides que, según dijeron por radio y por televisión, el meteorito caerá esta noche, antes de las doce. No tenemos mucho tiempo que perder.

Pat se volvió hacia los otros.

—Ahora se explica que toda la zona esté inhabitada. Y también es lógico que hayan cortado la corriente y las comunicaciones telefónicas ya que suponían que nadie quedaba aquí.

—¿Quién crees que son esos tipos, irlandés?

—Gente dedicada al pillaje, Mead. Gentuza que, si el caso no fuera tan grave, sería fusilada sin clemencia.

—¿Y tendremos que pactar con ellos?

—¿Estás loco? Pactaría antes cotí el mismísimo diablo.

—Entonces, perdona, pero no sé cómo te las vas a arreglar para quitarles de la cabeza la idea de llevarse el coche.

Pat no dijo nada.

Pero Mead, que miraba a su amigo, descubrió en los ojos del «pequeño irlandés» un brillo de una dureza tal, que el negro se dijo que no había conocido nunca al hombre al que tenía ante él.

Capítulo VII

MIENTRAS empezaba a oscurecer, Pat decidió que subieran a la terraza. Alzando la mirada al cielo, vieron un objeto brillante que no correspondía a ninguno de los astros visibles desde California.

—Ahí está la explicación de que no encontrásemos a nadie en esta zona —dijo O'Daniel—. Ese objeto brillante es un meteorito que los astrónomos han predicho que caería en esta región.

—¿Qué es un meteorito? —preguntó el negro.

—Una masa de piedra y mineral, seguramente un fragmento de un astro que se hizo pedazos hace mucho tiempo y que ha estado viajando por el espacio hasta que ha entrado en la órbita de otro cuerpo celeste. El nuestro.

—Ya podía haber pasado de largo —sonrió Mead.

Y después de rascarse pensativamente la espesa y rizada pelambrera, agregó:

—De todas formas, creo que han exagerado al tomar precauciones por una sencilla piedra, un pedrusco…

—No desprecies al tal «pedrusco» —dijo el irlandés—, Puede ser mucho más grande de lo que tú imaginas. Además, no creo que se pueda precisar con exactitud el lugar donde va a caer; por eso se han apresurado a evacuar una zona amplia, curándose en salud.

Fue en aquel momento cuando la voz llegó hasta ellos, esta vez procedente de abajo, ya que la ventana desde la que gritaban estaba situada en un plano inferior a la azotea del almacén.

—¡Ya ha pasado la hora! ¿Qué habéis decidido?

Pat se acercó al pretil de la azotea.

—¡Escuchad! Dentro de quince minutos saldremos para irnos con vosotros. Os avisaremos…

—¡De acuerdo!

El irlandés se volvió hacia los dos hombres; pero, cuando se disponía a hablar, Mortimer, que había guardado un completo silencio, lo rompió:

—Quisiera saber lo que os proponéis hacer —dijo.

—¿A qué te refieres?

—A mis amigos. No podemos dejarles aquí, sabiendo que ese meteorito va a caer en el curso de la noche.

Pat le miró directamente a los ojos.

—No pensaba dejar a nadie en esta zona —dijo—. Tampoco quiero que los que estaban conmigo corran peligro.

—Demasiada gente, «pequeño irlandés» —dijo el negro—. Olvidas que tenemos un coche, no un autobús.

Pero O'Daniel no le escuchaba y reflexionaba intensamente.

—¿Están armados tus amigos? —preguntó a Mortimer.

—Sí. Y podréis salir ganando mucho si nos ayudáis.

—¿Qué quieres decir?

—Que llevan algo que vale una verdadera fortuna.

—Eso ya lo sabemos. Nos enteramos que Gadner les entregó un millón y medio de dólares.

Mortimer sonrió.

—No es sólo eso —dijo—. La mercancía que entregamos a Lester era falsa: pura dextrosa, azúcar sin valor alguno.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Todo esto es muy sencillo: la hija de Staffino, María, quería engañar a su padre y obtener suficiente dinero como para irse a Europa. Yo trabajaba con Gadner y él me envió para que analizase la pureza de la droga, pero el capitán Hollister me propuso hacer el cambio y dar a Staffino lo que le pertenecía en todo derecho. Por eso engañamos, al mismo tiempo, a Lester y a María. Gadner nos dio el dinero y ahora, cuando podamos entrar en contacto con Pietro Staffino, nos entregará otro millón y medio de dólares. Como ves, hay dinero para nosotros tres…

—¿Y por qué traicionaste a tu antiguo jefe? —inquirió Mead.

Harry alzó el muñón deformado.

—Porque ese perro de Lester me hizo esto.

Pat había estado escuchando sin decir nada.

—Está bien —dijo entonces—. Tiempo tendremos de pensar en la mercancía y en el dinero. Ahora, lo que urge es arreglar el asunto del coche e impedir a esos granujas que nos jueguen una mala pasada.

—Sigo sin ver cómo vas a arreglártelas —suspiró el negro.

—Cuento con una baza —dijo el irlandés—. Esos pillos no destrozarán el auto por nada del mundo. Ahora que han robado todo lo que han hallado en la ciudad, no tienen más idea que salir corriendo de aquí antes de que caiga el meteorito.

—¿No irás a decirme que vamos a llevarlos con nosotros? —preguntó Mead—. Ni siquiera sabemos cuántos son.

—No —dijo Pat rechinando de dientes—. No siento la menor piedad por gente que se dedica al pillaje: no merecen nada.

Miró al negro y luego a Mortimer.

—Todo va a depender de vuestra sangre fría —dijo—. Esta vez, por mucho que nos pese… hay que matar.

Mead no pestañeó, pero Mortimer se estremeció de pies a cabeza, y mirando con fijeza a Pat:

—¿Matar? —dijo.

—Sí. Dentro de pocos minutos, se habrá hecho oscuro. Colocándonos debajo del auto, podremos llamar a esos tipos y disparar sobre ellos, sin miedo a que disparen sin cuidado, ya que por nada del mundo querrán averiar el vehículo que es su única salvación.

—¿Piensas que van a dejarse matar cómo cangrejos? —preguntó el negro.

—No, pero no dispararán sobre el motor; eso podría jurarlo.

—Entiendo. De todos modos, no vayas a creer que ese coche tiene un blindaje de un tanque, e incluso estando bajo él, las balas pueden alcanzarnos.

—Es verdad, pero es un riesgo que hay que correr.

Se volvió hacia Mortimer.

—¿Qué tal dispara usted?

—Bien.

—Perfecto. Tú también tiras bien, ¿eh, moreno?

—Soy capaz de saltarle un ojo a una mosca a diez pasos, «pequeño irlandés» —rió Mead.

—Veremos de lo que sois capaces.

—¿Y tú? —inquirió Hiram.

—Yo no estaré con vosotros.

—¿Eh?

—Tengo que irme, Mead, compréndelo. He visto una bicicleta abajo, en la sección de deportes. Voy a salir por la puerta de atrás, y me iré hacia el primer lugar habitado.

—¿Te has vuelto loco? La zona que ha sido evacuada, eso que tú llamas «mundo deshabitado», puede extenderse a muchas millas… y con una bicicleta…

—No puedo contestarte concretamente, pero algo me hace pensar que esa zona evacuada no es tan extensa como tememos. En principio, voy a correr hacia el norte, hacia Lemon Grove y, si no encuentro a nadie allí, continuaré el camino hasta San Diego.

—¡Un buen montón de millas!

—No importa. Escucha bien, Mead; cuando os hayáis librado de esos cerdos, vas a recoger a Gadner, Lucas, Downey y la muchacha. Inmediatamente, Mortimer te llevará al lugar donde esperan sus amigos. ¿Cuántos son?

—El capitán Hollister y cuatro marineros.

—Bien. Mucha gente para el coche, pero podrán ir un poco apretados. Hay algo importante, negro: Mortimer debe adelantarse para que esa gente abandone sus armas. No quiero que nadie lleve armas, excepto tú… y si alguien se pone muy tonto, le pegas un tiro y en paz.

Se volvió hacia Mortimer.

—¿Estamos de acuerdo? Tú dirás a Hollister que o tira las armas o se quedará esperando que el meteorito le aplaste. ¿Entendido?

—Cuenta con ello.

—Bien —y volviéndose hacia el negro—. Cuando hayas cargado a toda la gente y la mercancía… no olvidéis que no hay que decir nada a Lester de que lo que lleva en las cajas es azúcar, coges el camino de Lemon Grove.

—Entendido.

—Y no olvides que has de abandonar esta zona mucho antes de medianoche.

—Desde luego que sí.

—Os dejo. Llamad a esos granujas cuando estéis bajo el coche. No os será difícil coger el rifle que ha quedado en el suelo, junto al asiento delantero. ¡Y tirad a matar! Si consiguen acercarse al vehículo, ¡estaréis listos!

* * *

—Vamos —dijo el negro.

Se había hecho oscuro y los dos hombres, empuñando sus pistolas, se dirigieron hacia la puerta principal, ante la que estaba aparcado el vehículo.

Un silencio ominoso planeaba en la calle.

—Tú vas a meterte directamente bajo el coche —explicó Mead—. Mientras, yo cogeré el rifle que hay en la parte de delante. Entonces llamaremos a esos tipos.

—De acuerdo.

Harry se adelantó, despacio, sin hacer ruido. Pero cuando se inclinaba para tenderse en el suelo, abrió bruscamente los brazos, cayendo pesadamente.

En aquel mismo instante, el estampido de un disparo desgarró el silencio de la noche.

El negro reaccionó a una velocidad vertiginosa: se tiró al suelo, al tiempo que una bala pasaba rozándole. Arrastrándose luego, abrió la portezuela, alargó la mano, se apoderó del rifle y pasó por debajo del vehículo.

Dos balas más silbaron cerca de él peligrosamente.

—¡Malditos!

Era evidente que el tirador que había matado a Mortimer poseía un arma dotada de sistema de visión telemétrica y rayos infrarrojos.

Sudoroso, jadeando, Mead se arrastró bajo el coche, maldiciendo como un carretero borracho.

—¡En menudo jaleo me has metido, «pequeño irlandés»! —masculló.

Se colocó en la parte opuesta, asomando la cabeza lo menos posible, sabiendo que todo iba a depender no de su vista, sino de su oído.

Una voz agria y despótica llegó hasta él.

—¡De nada va a servirte haberte escondido bajo el coche, asqueroso moreno!

Mead se mordió los labios.

A pesar de no haber contado con su vista. Mead se percató, con íntimo placer, que sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, y que le bastaba permanecer bajo el coche, sin arriesgarse a asomar la cabeza (¡el tipo con los rayos infrarrojos le ponía los pelos de punta!) para ver las piernas de los que fueran acercándose al vehículo.

Y así ocurrió.

Dos pares de piernas aparecieron en la puerta de la casa situada en la acera de enfrente.

El negro estuvo a punto de abrir fuego con su rifle —tenía la pistola al alcance de la mano—, pero se contuvo. Y se alegró de hacerlo, ya que cuatro hombres más surgieron del portal.

Permaneció el grupo en la acera, sin moverse.

Arriesgándose un poco más, pegando la mejilla izquierda al suelo, Mead consiguió ver totalmente a los hombres, observando que uno de ellos alzaba el brazo, haciendo un gesto a una de las ventanas del segundo piso.

El negro alzó aún más los ojos, torciéndose el cuello. Y casi estuvo a punto de gritar de alegría al ver la silueta del hombre que había sacado el torso por la ventana de forma a recibir el mudo mensaje que le enviaban desde la acera.

No lo dudó un solo segundo.

Jugándose el todo por el todo —sabiendo que el de la ventana se disponía a cubrir el avance de los otros—, apuntó velozmente, mordiéndose los labios al tiempo que apretaba el gatillo.

El estampido del Winchester resonó en la calle con la violencia de un cañonazo.

Y allá arriba, el hombre del rifle con dispositivo de rayos infrarrojos pareció inclinarse más y más hacia adelante, precipitándose a la calzada como un muñeco desarticulado.

Un rugido de rabia brotó de la boca del que parecía el jefe.

—¡Adelante!

Los hombres empezaron a cruzar la calle, abriendo fuego con sus armas, apuntando a los bajos del coche.

Olvidando toda prudencia, Mead empezó por matar al supuesto jefe, disparando luego sobre otro al que tumbó en medio de la calle. Un dolor fulgurante en el codo izquierdo le hizo jurar, al tiempo que retrocedía, maldiciendo *in petto* su audacia.

La proximidad de un nuevo par de piernas le hizo apretar de nuevo el gatillo.

Luego, con una sonrisa de satisfacción, vio que los otros echaban a correr hacia la casa, tumbando aún a uno de ellos.

No estaba dispuesto a darles tiempo a que dispararan sobre él, cómodamente instalados en las ventanas. Arrastrándose, con un vivo dolor en el codo, pero lo bastante soportable como para que no le impidiera mover el brazo, salió de debajo del vehículo.

Treinta segundos le bastaron para instalarse tras el volante y poner el coche en marcha.

Cuando escapaba, apretando el acelerador a fondo, un proyectil destrozó el cristal trasero, yendo a incrustarse en el asiento que el negro tenía a su derecha.

—¡Malditos bastardos! —rugió—. Lo único que me gustaría es que ese meteorito os cayera directamente en la cabeza…

Y lanzó una ruidosa carcajada.

* * *

Jadeando, a pesar de que era y había sido un excelente deportista, Pat se sentía seguramente más fatigado por el desolador panorama que desfilaba a ambos lados de la carretera por la que avanzaba la bicicleta.

Ahora que sabía el verdadero motivo que había despoblado, transitoriamente, aquella región, había perdido mucho del terror que, sin poder evitarlo, experimentó al penetrar con los que le acompañaban en un mundo inhabitado.

«Quizá —pensó—, todos estos temores nos vienen de esa maldita psicosis de guerra nuclear que nos han metido en la cabeza desde niños…»

Ahora le preocupaban otras cosas.

En primer lugar, Mead. Pat no estaba demasiado contento de sí mismo por haber dejado al negro que resolviese la parte más peliaguda del programa que él mismo había forjado.

Porque Hiram, aquel estupendo moreno, era la única persona decente de todas las que componían los dos grupos que se proponía salvar.

Al pensar en el avispero en el que había dejado a Mead, no pudo

evitar un estremecimiento.

Por un lado, Gadner, aquel sinvergüenza sin escrúpulos, acompañado por Lucas que, aunque ahora se encontrase junto al negro, se colocaría en cuanto pudiese al lado de su patrón. Y Alexander, el piloto, un hombre aparentemente neutro pero del que tampoco se podía uno fiar.

¡Y María Staffino!

Una serpiente de cascabel con un solo objetivo en la cabeza: engañar a quien fuera, incluso a su propio padre, con tal de quedarse con una buena «tajada» del dinero que se obtuviera de la venta de la droga.

Y por otro lado, como había explicado el manco, aquel capitán llamado Hollister, otro repugnante tramposo que tras haberse quedado con el dinero de Lester, le había entregado un cargamento de dextrosa, en vez de la droga verdadera.

¡Cielos y qué pandilla de granujas!

Al pensar en que estaba arriesgando la vida del negro para salvar a aquellos pillos, Pat se mordió los labios con rabia.

Si no hubiera sido porque…

El grito estuvo a punto de hacer que perdiera el equilibrio, y su bicicleta describió una serie de divertidas «eses», antes de inmovilizarse ante los dos soldados que le detuvieron.

—¡Alto!

Pat se apeó de la bicicleta. Estaba tan contento que la amplia sonrisa que ornaba sus labios extrañó a los dos militares.

—No es cosa de broma —dijo uno de ellos con aire enfurruñado—. ¿Quién le permitió penetrar en la zona prohibida?

—No penetré en ella —repuso Pat—. Estaba allí.

—¡Eso no es cierto! Procedimos a la evacuación de todo el…

El irlandés le interrumpió con un gesto.

—¡Quiero hablar con vuestro jefe… enseguida!

Justo en aquel momento, un sargento se acercó a ellos.

—¿Qué demonios pasa aquí? —inquirió con voz agria—, ¿Quién es este tipo?

—Llega de la zona prohibida.

Al irlandés se le hincharon las narices.

—¡Basta de cháchara! —gritó—. Hay más hombres y una mujer en la dichosa zona prohibida… y quiero hablar con el comandante en jefe de estas tropas.

—Tenga la amabilidad de seguirme —dijo el suboficial domado por el tono imperativo de O'Daniel.

Momentos después, Pat se encontraba ante el coronel Warrington, un hombre afable que le acogió con amabilidad. El irlandés le explicó lo ocurrido, comprobando que el coronel iba palideciendo a medida que

Pat avanzaba en su relato.

Finalmente, cuando el irlandés dejó de hablar, el coronel lanzó una angustiosa mirada a su reloj de pulsera.

—Son las once y diez —dijo—. ¡Es horrible que alguien haya olvidado a esos pobres leprosos de San Isidro! Voy a mandar unos helicópteros en su busca. En cuanto a sus amigos…

Lo de «amigos» hizo mucha gracia a O'Daniel, quien se abstuvo de todo comentario, aunque dijo:

—Mis amigos deben encontrarse en camino. Proporcióneme un coche para ir en su busca. Y un camión con soldados…

Capítulo VIII

TODAVÍA con los nervios a flor de piel, Mead condujo el coche a tumba abierta, dirigiéndose hacia el lugar en el que habían dejado a Lester y a los otros.

Mientras se acercaba a aquel sitio, pensó en que no quedaban en el vehículo más armas que las que él llevaba, cosa que le alegró, ya que por nada del mundo habría confiado un rifle o una pistola a los granujas que le estaban esperando.

Cuando gritó a Lester para que fueran al coche, comprobó que el pillo estaba loco de alegría, esperando que las noticias que el negro le traía serían las que esperaba; pero, al oír el veloz y escueto relato que Mead le hizo, frunció el ceño.

—¿Un meteorito? ¡Diablos! ¡Hay que salir de aquí lo antes posible!

Hizo que Alexander y Vittorio cargasen con las cajas. El matón siciliano no parecía el mismo, como si el golpe que el negro le había propinado le hubiese vaciado el cerebro.

María, que había comprobado el cambio del hombre en el que tenía puesta toda su confianza, no pensaba más que en comunicarse con su padre, habiéndose percatado de que era la única solución de salir airosa del terrible problema en el que su ambición le había metido.

Pero, en aquellos instantes, tras oír lo que Mead les había contado acerca del pedazo de astro que se iba a precipitar sobre la zona, todos ellos no tenían más que una sola idea: escapar de allí lo antes posible.

Por eso, cuando Mead les dijo que tenían que ir a recoger a los del otro grupo, cuya existencia ignoraban, Lester se puso frenético.

—¡No podemos perder un solo segundo! —aulló—. ¿Qué nos importan esos tipos!

Mead estuvo a punto de recordar a Lester que él era quien tenía las únicas armas y que, además, el coche estaba en su poder. Pero el negro empezaba a conocer que el único motor capaz de mover a Gadner era la ambición.

—¿Tengo que recordarle —le dijo—que ese capitán tiene el millón y medio de dólares que usted le entregó? Si esa «pasta» no le interesa, sí que nos interesa a nosotros, a mi amigo Pat y a mí.

Los ojos de Lester adquirieron un brillo súbito.

—Después de todo, creo que tienes razón, moreno. Sería una lástima

que ese «cascote» que va a caer del cielo aplastase los hermosos billetes del «tío Sam», ¡Vamos! Pero no perdamos un instante más.

Recordando el lugar del que había hablado el fallecido Mortimer, el negro dirigió el coche por una carretera secundaria hasta el sitio donde el capitán y sus marinos se escondían.

Paró el vehículo a una respetable distancia del escondite. Y quitando la llave de contacto, la metió en su bolsillo, por pura y simple precaución.

—Voy por ellos —dijo empuñando el rifle—. Volveré enseguida.

—¡No tardes!

Mead cruzó el camino, acercándose al bosquecillo donde estaban los otros. La oscuridad no era completa y el cielo estaba estrellado.

Alzando la mirada hacia lo alto, Mead vio aquel punto brillante que iba aumentando paulatinamente de tamaño.

Echó una ojeada a la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

—Las once en punto —soliloqueó—. Una hora escasa para salir de este infierno. Y si estos idiotas no dan crédito a lo que voy a decirles…

Se acercó lo suficiente, tirándose en el suelo, antes de empezar a gritar.

Explicó claramente el gran peligro que estaban corriendo, habló de la muerte de Mortimer y de la necesidad de salir de allí. Naturalmente, no dijo ni una sola palabra de lo que sabía acerca de la droga, la de verdad, que el astuto capitán llevaba consigo.

Cuando el negro terminó de hablar, llegó hasta él una estridente carcajada.

—¡Vaya linda historia que has inventado! —exclamó el capitán—. Así que eres el maquinista del *Pearl*. Y ahora quieres llevarnos junto a ese granuja de Gadner… y que además te entreguemos las armas… ¡Ahí va nuestra respuesta, imbécil!

La ráfaga ladró, desgarrando el silencio de la noche. Las balas silbaron furiosamente alrededor de Mead.

El negro lanzó un suspiro.

—Cuánto me gustaría tenerte a mi lado, «pequeño irlandés» —dijo—, Al menos, me aconsejarías, ya que eres mucho más listo que yo.

Y tras un corto silencio:

—Creo que he hecho todo lo que he podido, Pat. Voy a dejar a estos aquí, y si mueren aplastados, ¡peor para ellos! No voy a exponer mi piel por una pandilla de miserables granujas.

Retrocedió, mientras los otros seguían disparando.

Momentos después, estaba en el coche. Hizo un breve resumen de lo ocurrido y, sin una palabra más, introdujo la llave de contacto y puso el vehículo en marcha.

No se le ocurrió ni por un solo instante acercarse a la ciudad vacía,

tomando la carretera que conducía directamente a la autovía que iba a llevarle hacia el norte.

Cuando llevaban quince minutos de marcha, ya camino de Lemon Grove, oyeron el zumbido de los motores de unos helicópteros que se dirigían hacia la costa.

* * *

A bordo del jeep que conducía el sargento MacGregor, seguido de cerca por un camión repleto de soldados, Pat no dejaba de mirar al cielo donde el punto brillante parecía acercarse cada vez más.

Miró, de nuevo, a su reloj de pulsera.

—Las once treinta y ocho… —musitó.

—No sé si vamos a tener tiempo —dijo el suboficial con un tono nervioso en la voz—. Ese maldito meteorito va a caer dentro de poco.

Detrás de ellos, junto al potente transmisor, dos soldados de comunicaciones mantenían contacto continuo con el PC, situado en Lemon Grove.

La larga antena de la radio se inclinaba debido a la velocidad del jeep.

¡Si no hubiera sido por Mead!

Al recordar al buen negro, Pat se sentía afectado por una oleada de amistosa ternura. Desde que había conocido a Hiram, al conseguir alistarse como ayudante de maquinista en el yate, descubrió la profunda personalidad y la gran humanidad de aquel gigantesco moreno cuya vida había sido una serie de interminables desgracias.

¡Pobre Mead!

«Si no fuera por mi maldito deber —siguió pensando Pat—, habría salido de la zona con él, dejando que los otros se pudriesen…»

Y en voz alta:

—Creo que ya estarán en camino, sargento.

—Eso espero yo también, señor. ¿Cree que habrán tomado esta carretera?

—No hay otra.

Como movido por un imperioso deseo, el suboficial apretó rabiosamente el pedal del acelerador.

Y fue entonces, dos minutos más tarde, cuando dos faros se dejaron ver ante ellos, a una milla de distancia.

—¡Ahí están! —exclamó gozosamente el irlandés—, ¿Dio usted las órdenes pertinentes a los soldados?

MacGregor sonrió.

—No tema nada, señor O'Daniel. Mis hombres actuarán como

autómatas.

Hizo MacGregor unas señales con los focos, invitando al otro vehículo a que se detuviese, como así lo hizo. Momentos después, los dos coches militares se detenían ante el auto que conducía Mead.

Como un solo hombre, los soldados saltaron desde el camión, rodeando el coche en un abrir y cerrar de ojos, con las armas dispuestas, los negros cañones de sus «Garand» apuntando a los ocupantes.

—¡Todo el mundo abajo y con las manos en alto! —aulló el sargento.

Pat, que se había quedado en la zona de sombras, sonrió al ver la expresión que se pintaba en el moreno rostro de su amigo.

—¡Ven aquí, «tostao»! —gritó.

Mead entornó los ojos, cegado a medias por los focos de los vehículos militares. Los soldados le dejaron pasar y una vez fuera de la luz deslumbrante, vio a Pat ante él.

—¡«Pequeño irlandés»! —exclamó lanzándose como un toro furioso hacia O'Daniel, el que apretó con fuerza entre sus brazos.

—¡Hola, gorila!

—¡Cielos! ¡Cielos! ¡Vaya sorpresa!

El sargento se acercó a ellos.

—Misión cumplida, señor O'Daniel, pero no hay tanta gente en el coche como usted dijo…

Pat miró a Mead.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

—No hubo nada que hacer con ese maldito capitán y sus cuatro marineros, «pequeño irlandés». Me recibieron a tiros…

Pat se volvió de nuevo, hacia MacGregor.

—Tengo que ir a recoger a esos hombres, sargento.

Antes de contestar, MacGregor miró a su reloj.

—Son las doce menos cinco, señor.

Los tres miraron al cielo donde el globo brillante parecía una luna llena.

—Déjeme el jeep —dijo Pat.

MacGregor sonrió tristemente, moviendo la cabeza en un gesto de negación.

—Iremos todos, señor, excepto los soldados que haré que regresen con los detenidos. ¡No voy a dejarle solo!

—¡Yo también voy contigo! —rió el negro—. Incluso si esa piedra me cae encima, no creo que consiga romperme la cabeza. ¡La tengo demasiado dura!

Una voz sonó entonces, procedente del jeep:

—¡Sargento! ¡Sargento!

—¿Qué diablos pasa? —inquirió el suboficial acercándose al

vehículo.

—¡Acabamos de recibir un mensaje del coronel Warrington, señor!

—¿Y qué dice?

—Los servicios meteorológicos han fijado la trayectoria del meteorito. Su curso ha cambiado… y va a caer en pleno océano Pacífico, a más de trescientas millas de la costa.

—¡Uff! —lanzó el negro—. ¡Acaban de quitarme un buen peso de encima!

Rieron.

—Ahora sí que podemos desarrollar tranquilamente nuestro plan, sargento —dijo Pat—. Iremos a por esos granujas… y no creo que al verse rodeados por soldados, tengan agallas suficientes como para resistir.

—¡Estoy a sus órdenes, señor O'Daniel! —dijo MacGregor cuadrándose militarmente—. Con su permiso, voy a prepararlo todo.

Cuando el suboficial se hubo alejado, Mead miró inquisitivamente a su amigo.

—Oye, «pequeño irlandés». Sácame de dudas o voy a reventar… dime, ¿quién diablos eres para que ese «militroncho» te trate como si llevases galones de general?

O'Daniel sonrió.

—Soy capitán de la policía, en la rama especial de la Brigada Antidroga, de Los Angeles.

—¡Mi madre! He tenido a un «poli» a mi lado… y sin darme cuenta. ¡Estoy perdiendo el olfato, compañero!

—Me encargaron una investigación sobre un importante cargamento de droga que iba a llegar a los Estados Unidos, destinado a Pietro Staffino. Luego tuvimos información de que la hija de Pietro, María, se había asociado con Lester Gadner para apoderarse de la droga. Fue entonces cuando conseguí alistarme como ayudante de maquinista en el *Pearl.*

—¡Demonios encerados! Y estuviste disimulando todo este tiempo, haciéndome creer que te interesaba parte del dinero que se obtendría al vender la droga.

—Tenía que hacerlo, Mead. Ahora comprenderás por qué expusimos el pellejo para sacar a esos granujas de la zona evacuada.

—Ya veo… tienes corazón de «polizonte». Porque yo, en tu lugar, les hubiese dejado allí… por si el pedrusco les caía encima.

—Sus personas son demasiado importantes, Mead. No porque ellos vayan a ir a la cárcel, donde irán, sino por todas las conexiones, nombres de cómplices y gente de la organización, que van a caer en nuestras manos… además de la droga.

—¡Te van a dar una medalla!

Pat sonrió.

—No, porque me he limitado a cumplir con mi deber. Ahora, vamos a recoger a Hollister y a los marinos, al mismo tiempo que el dinero y la verdadera droga.

—Oye, ¿por qué no dejas que le diga a Lester que le engañaron como un chino? ¡Quiero ver la cara que pondrá!

—Hazlo, pero date prisa.

Quince minutos más tarde, en el jeep donde iba MacGregor, se acomodó, estrechándose un poco, el voluminoso negro.

Mead, con rostro cariacontecido, dijo poco después:

—¡Bueno! Esto se acabó. Pero no voy a regresar nunca más al mar. En realidad, odio

estar encerrado como una rata en la sala de máquinas. ¿Sabes lo que voy a hacer?

—¿El qué?

—Muy sencillo. Volveré a Virginia, a los campos de algodón. Ya no hay esclavos y pagan bastante bien. Allí trabajaron mis antepasados, los negros que traían encadenados desde las costas de Africa.

—Te estás volviendo muy romántico, moreno, pero no volverás a Virginia.

—¿Por qué no?

—Porque vas a quedarte conmigo. Irás a la escuela de la Policía. Mi departamento necesita gente de color para luchar contra los traficantes de droga.

—¿Yo… «polizonte»?

—A menos que desees que te inculpe por haber formado parte de un yate de traficantes de morfina… Diez años a la sombra… aunque con el color de tu piel, no creo que te pongas blanco al no tomar el sol.

—¿Harías eso… «pequeño irlandés»?

—¡Idiota!

Mead se echó a reír y, alzando la cabeza, mirando al globo ígneo que se alejaba velozmente hacia el oeste, dejó oír su potente voz de bajo:

Ifl had'nt drunk so much whisky Wouldn't be layin' he re on this hard flo[1]…

La dulce voz del viejo espiritual negro emocionó a Pat. Y al sargento. Y a los soldados que, en el camión, sonrieron mientras que el globo se perdía en el horizonte, luz ardiente en busca del mar.

FIN

¡¡POR FIN EN ESPAÑA!!

Las pistolas que estabe esperando.
- PARA SU SEGURIDAD
- PARA SU PROTECCION
- ...PARA SU TRANQUILIDAD

PISTOLA SUPER JAGUAR

Una verdadera obra de arte para los amantes de las armas modernas. Con empuñadura anatómica, alza regulable y cargador de 26 disparos. Mide 24 cm.

Ref. 2.193
por sólo **1.580**,—pts.

CARGAS DETONANTES

208 cargas 200,- pts.
416 cargas 360,- pts.
832 cargas 680,- pts.

PISTOLA LION MATIC

Reproducción exacta del modelo Luger Alemán. Con cargador de 26 disparos, expulsor automático y tubo silenciador. Igual se manda Gratis). Mide 19,5 cms.

Ref. 1.026
por sólo **980**,—pts.

★ Esta pistola de juguete está autorizada por la D.G.G.C el 24.1.80.

- LLeva boca de fuego bloqueada por tapón rojo sobresaliendo 3 mm. al exterior.

LOS 3 APARATOS DE GIMNASIA Por solo 1.990,- ptas Ref 2080

MANO DE HIERRO

Nuevo aparato para desarrollar con potencia los músculos de las manos, brazos y antebrazos. Un aparato para que le respeten con solo darle la mano.

Ref. 2.069 (el par).
por sólo **450**,—pts.

CAMPEON DE PULSO

Conviértase en un verdadero campeón de las competiciones de fuerza (pulso). Con este ingenioso aparato podrá entrenarse como con un rival de su talla

Ref. 2.068
por sólo **990**,—pts.

CUPON DE PEDIDO A PRUEBA

SI EN EL PLAZO DE 8 DIAS, NUESTROS ARTICULOS NO LE SATISFACEN PLENAMENTE, LE GARANTIZAMOS LA DEVOLUCION DE SU DINERO

REF	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre _____ Edad ____
Domicilio _____
Población _____ Cód. Postal ____
Provincia _____

Condiciones para America, pedir información.

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona

MUSCULOS DE ACERO

Conviértase en tan sólo 10 minutos, y en muy pocos días, en un gran campeón de cultura física. Con este aparato desarrollará un potente torax y brazos.

Ref. 2.067
por sólo **950**,—pts.

9 788402 025081 51873

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

NOTAS

1 Si no hubiese bebido tanto whisky, no estaría ahora tirado sobre este duro suelo…